

FRANZ MEHRING

Marx
y los primeros tiempos
de la Internacional

1864 - 1866



Biblioteca Virtual

OMEGALFA

2014

Ω

Franz Mehring

Marx y los primeros tiempos de la internacional.

La presente edición de esta obra se obtenido por digitalización de la publicada por Editorial Cenit, S.A. Madrid, en 1935.

El texto es copia fiel del original.

Por exigencias de la presente maquetación, el número de páginas no se corresponde con la numeración de la obra de referencia.

Digitalización y maquetación actual: Demófilo, abril de 2014.



Libros Libres.

Biblioteca Virtual

OMEGALFA

2014

Ω

I. Fundación

A las pocas semanas de morir Lassalle, el 28 de septiembre de 1864, fue fundada en Londres, en un gran mitin celebrado en el St. Martin Hall, la *Asociación obrera internacional*.

Esta organización no era obra de un individuo, un "cuerpo pequeño con una gran cabeza", ni una banda de conspiradores errabundos; no era ni una sombra fingida, ni un monstruo voraz, como afirmaba, en pintoresca alternatividad, la fantasía de los heraldos capitalistas, aguijoneada por los escrúpulos de su conciencia. Era simplemente una forma transitoria de la cruzada de emancipación del proletariado, cuyo carácter histórico la hacía, a la par, necesaria y perecedera. El régimen capitalista de producción, que es la más flagrante de las contradicciones, engendra los Estados modernos a la vez que los destruye. Fomenta y exalta las diferencias nacionales, y al mismo tiempo crea todas las naciones a su imagen y semejanza. Esta contradicción es irresoluble en su seno y contra él se han estrellado todos los movimientos de fraternidad de los pueblos, de que tanto hablan las revoluciones burguesas. La gran industria, predicando la libertad y la paz entre las naciones, convierte el planeta en un inmenso campo de batalla como jamás lo conociera la historia.

Con el régimen capitalista de producción desaparece también la contradicción que entraña. Ciertamente es que las campañas de emancipación del proletariado sólo pueden plantearse dentro de las fronteras nacionales, ya que, desarrollándose el proceso de la producción capitalista por países, cada proletariado tiene que enfrentarse necesariamente con su propia burguesía. Pero sobre el proletariado no gravita esa concurrencia inexorable que mata en flor despiadadamente todos los sueños internacionales de libertad y de paz de la clase burguesa. Tan pronto como el obrero adquiere la conciencia —y la adquiere en cuanto empieza a alborear en él la de sus intereses de clase— de que no tiene más remedio que sobreponerse a la

competencia intestina con los demás trabajadores, para poder oponer una resistencia eficaz a la supremacía del capital, da un gran paso hacia la etapa superior, consecuencia lógica de ésta, en que las clases obreras de los diferentes países dejan de competir entre sí para cooperar, unidas todas, contra el imperio internacional de la burguesía.

Esta tendencia internacional empieza a despuntar muy pronto en el movimiento obrero moderno. Lo que ante la conciencia de la burguesía, obstruida por sus intereses egoístas, no era más que antipatriotismo, falta de inteligencia y de cultura, constituye una condición vital para la campaña de emancipación del proletariado. Sin embargo, el hecho de que esta campaña pueda superar la eterna discordia entre las tendencias nacionales e internacionales, de que no acierta a salir la burguesía, no quiere decir que disponga, ni en éste ni en ningún otro respecto, de una varita mágica capaz de convertir su sendero ascensional, duro y escarpado, en una calzada lisa y llana. La moderna clase obrera lucha bajo las condiciones que le ofrece la historia, y estas condiciones no pueden allanarse en un asalto arrollador, sino que han de superarse comprendiéndolas, según la frase hegeliana: comprender es superar.

Esta comprensión tropezaba con una dificultad muy grande, y era que los orígenes del movimiento obrero europeo, en que empezó a dibujarse en seguida una tendencia internacional, coincidían en gran parte y se entrecruzaban con la creación de grandes Estados nacionales por obra del régimen capitalista de producción. A las pocas semanas de proclamar el *Manifiesto comunista* que la acción armónica del proletariado en todos los países cultos era una de las condiciones inexcusables para su emancipación, estallaba la revolución de 1848, que, si bien en Inglaterra y en Francia hacía enfrentarse a la burguesía y al proletariado como potencias antagónicas, en Alemania y en Italia venía a desatar movimientos nacionales de independencia. Cierto es que allí donde el proletariado hubo de actuar en la lucha supo comprender certeramente que estas campañas de independencia eran, si no su meta final, una estación de tránsito hacia ella; el proletariado dio a los movimientos nacionales de Alemania e Italia sus luchadores más valerosos, y desde ningún

órgano se orientaron mejor esos movimientos que desde la “Nueva Gaceta del Rin”, dirigida por los autores del Manifiesto comunista. Claro está que estas campañas nacionales hicieron pasar a segundo plano la idea internacional, sobre todo cuando la burguesía alemana e italiana empezó a rendirse a las bayonetas reaccionarias. En Italia se organizaron asociaciones de solidaridad obrera bajo la bandera de Mazzini, que, si bien no tenía nada de socialista, era, por lo menos, republicana, y en Alemania, país más progresivo, cuyos obreros tenían ya conciencia de la solidaridad internacional de su causa desde los tiempos de Weitling, abrióse una guerra civil, que había de durar diez años, en torno al problema nacional.

La situación de Francia y de Inglaterra era distinta, pues aquí la unidad nacional estaba ya perfectamente asegurada al iniciarse el movimiento proletario. Ya antes de las jornadas de marzo había empezado a cobrar cuerpo la idea internacional: París pasaba por ser la capital de la revolución europea, y Londres era la metrópoli del mercado mundial. Mas también aquí quedó esta idea rezagada después de las derrotas del proletariado.

La espantosa sangría de la matanza de junio paralizó las energías de la clase obrera francesa, y la férrea presión del despotismo bonapartista se interpuso ante su organización política y sindical. Los obreros volvieron a caer en el sectarismo de antes de marzo, y en esta confusión dibujábanse claramente dos tendencias, en que se escindían en cierto modo el elemento revolucionario y el socialista. Una de las corrientes seguía a Blanqui, que no ostentaba un verdadero programa socialista, sino que aspiraba a adueñarse del Poder mediante un audaz golpe de mano de una resuelta minoría. La otra—mucho más fuerte—respondía a las influencias de Proudhon, quien, con sus Bancos de intercambio, encaminados a la obtención de crédito gratuito, y otros experimentos doctrinales por el estilo, distraía a las masas de la lucha política; de este movimiento había dicho Marx, en su “18 Brumario”, que renunciaba a derrocar el régimen vigente, con todos sus grandes recursos, aspirando sólo a redimirse a espaldas de la sociedad, por la vía privada, sin salirse de las míseras condiciones trazadas a su existencia.

Una evolución bastante parecida, al menos en ciertos aspectos, fue

la que se produjo en la clase obrera inglesa después del fracaso del cartismo. Owen, el gran utopista, seguía viviendo, cargado de años; pero su escuela iba convirtiéndose, cada vez más acentuadamente, en una secta religiosa de librepensadores. Al lado de ella surgió el socialismo cristiano de Kingsley y Maurice, que —aunque resulte difícil identificarlo con sus caricaturas continentales— no quería saber nada tampoco de las luchas políticas, absorbido enteramente, como lo estaba, por sus aspiraciones cooperativas y de cultura. Mas también las organizaciones sindicales de las tradeuniones con que Inglaterra se anticipara a Francia, se encerraban en una actitud de indiferentismo político, para limitarse a la satisfacción de sus necesidades más elementales, actitud que impulsaba la fiebre industrial de aquella época (años 50 y siguientes) y la hegemonía inglesa en el mercado mundial.

Mas no por esto se borró repentinamente en Inglaterra el movimiento obrero internacional que venía gestándose. Todavía se conservan huellas de él hasta muy cerca del año 1860. Los *Fraternal Democrats* no se disolvieron hasta los tiempos de la guerra de Crimea, y, al desaparecer esta entidad, todavía se formó un Comité internacional, seguido de una Asociación internacional, por obra principalmente de Ernesto Jones. Aunque estas organizaciones no tuviesen gran importancia, demostraban, por lo menos, que la idea internacional no estaba del todo extinguida, sino que vivía como en rescoldo, que un golpe fuerte de viento podía volver a convertir en viva llamarada.

Golpes de viento de este género fueron, sucesivamente, la crisis comercial de 1857, la guerra de 1859 y, sobre todo, la guerra civil desatada en 1860 en Norteamérica entre los Estados del Norte y del Sur. La crisis de 1857 asestó el primer golpe serio al esplendor bonapartista en Francia, y de nada sirvió querer parar este golpe con una aventura afortunada de política extranjera. La bola que había echado a rodar el hombre de diciembre no podía ya volver a sus manos. El movimiento de la unidad italiana podía ya más que él, y la burguesía francesa no engordaba con laureles tan menguados como los de las batallas de Magenta y Solferino. Para acortar un poco su soberbia creciente había un camino muy fácil: dejar

un poco más en libertad a la clase obrera; en realidad, la existencia del segundo Imperio dependía muy principalmente del talento con que supiera resolver el problema de enfrentar y neutralizar recíprocamente a la burguesía y al proletariado.

Claro está que Bonaparte no pensaba precisamente en concesiones políticas, sino en libertades sindicales. Proudhon, que era quien más influía entre la clase obrera francesa, contábase entre los adversarios del imperio —aunque algunas de sus ocurrencias paradójicas pudieran hacer pensar lo contrario—; pero era también adversario de las huelgas. Precisamente del aspecto en que más cohibido se hallaba el obrero francés. A pesar de todas las recriminaciones de Proudhon y de las severas penas legales, durante los años 1853 a 1866 fueron condenados por lo criminal nada menos que 3.909 obreros, por haber tomado parte en 749 coaliciones. El César de caricatura inició su nueva política indultando a los obreros condenados. Luego, siguió dando muestras de su buena voluntad al apoyar el envío de trabajadores franceses a la Exposición universal de Londres de 1862. La elección de delegados corría a cargo de sus compañeros de oficio; en París fueron instaladas 50 oficinas electorales para 150 oficios, que mandaron a Londres, en total, a 200 representantes; los gastos los sufragaban el emperador y el municipio, a razón de veinte mil francos cada uno; además, se organizó una suscripción popular. A su regreso, los delegados podrían publicar informaciones detalladas de su viaje, y la mayoría de las que vieron la luz se salían bastante de las materias propias de sus oficios. La medida era de tal naturaleza en aquellas circunstancias, que el prefecto de policía de París, hombre previsor, al conocerla dijo que el emperador, antes de aventurarse a semejantes bromas, hubiera hecho mucho mejor en derogar las penas contra las huelgas y coaliciones.

En efecto, los obreros demostraron a su egoísta protector la gratitud que merecía, y no la que buscaba. En las elecciones de 1863, los candidatos del Gobierno no obtuvieron en París más que 82.000 votos, contra 153.000 que sacaron los de la oposición, mientras que en la votación de 1857 la diferencia había sido de 111.000 para los primeros, a 96.000 a favor de los segundos. Todo el mundo estaba

de acuerdo en que el viraje no se debía, en su parte principal, a un desvío de la burguesía, sino a los nuevos rumbos de la clase obrera, que, ahora que el falso Bonaparte quería coquetear con ella, le daba esta lección de independencia, aunque por el momento se limitase a navegar bajo el pabellón del radicalismo burgués. Pronto los hechos vinieron a confirmar esta hipótesis; en las elecciones parciales celebradas en París en 1864, sesenta obreros presentaron la candidatura de Tolain, un cincelador, dando al país un manifiesto en que le anunciaban el nuevo alborar del socialismo. En este manifiesto se decía que los socialistas habían aprendido de las lecciones del pasado. Que en 1848 los obreros, huérfanos de un programa claro, habían aclamado, más por instinto que por reflexión, la primera teoría social que se les presentara; pero que ahora se mantenían alejados de toda exageración utópica para luchar por sus reformas sociales. Entre ellas, el candidato obrero pedía la libertad de prensa y de asociación, la derogación de las penas contra las huelgas y coaliciones, la enseñanza obligatoria y gratuita y la abolición del presupuesto de Culto y Clero.

Sin embargo, Tolain sólo consiguió unos cuantos cientos de votos. Proudhon, conforme sin duda con el contenido del manifiesto, condenó la lucha electoral, pues le parecía una protesta más eficaz contra el Imperio el votar con papeleta blanca; los blanquistas encontraban el manifiesto demasiado moderado, y la burguesía de matiz liberal y radical, salvo raras excepciones, se burló sangrientamente de aquellos pujos de independencia de la clase obrera, aunque el programa electoral de su candidato no tenía por qué inquietarles en lo más mínimo. Fue un fenómeno bastante parecido al que se produjo en Alemania por la misma época. Envalentonado por esto, Bonaparte aventuró otro paso hacia adelante, y en mayo de 1864, sí bien no se derogó la ley que prohibía las asociaciones profesionales —esto había de hacerse cuatro años más tarde—, fueron abolidos los artículos del Código penal en que se castigaban las coaliciones obreras para conseguir mejoras en sus condiciones de trabajo.

En Inglaterra, aunque las penas contra las coaliciones habían sido ya derogadas en el año 1825, las tradeuniones no gozaban todavía

de una existencia consolidada, ni de hecho ni de derecho, y la masa de sus afiliados carecía del derecho político de sufragio que le hubiera permitido luchar por vencer los obstáculos legales que se interponían ante sus reivindicaciones. El auge del capitalismo en el continente europeo, al desplazar a un sinnúmero de existencias, les amenazaba con una concurrencia desleal muy peligrosa, pues en cuanto hacían ademán de pedir aumento de salario o disminución de jornada, los capitalistas les hablaban de importar obreros franceses, belgas, alemanes o de otros países. A esto venía a añadirse el cataclismo de la guerra de secesión, provocando una crisis algodonera que precipitó en la más espantosa de las miserias a los obreros de la industria inglesa textil.

Todo esto sacó a las tradeuniones de su actitud contemplativa. Se produjo una especie de nuevo-unionismo, dirigido principalmente por unos cuantos funcionarios expertos de las tradeuniones más importantes: por Allan, del gremio de constructores de máquinas; por Applegarth, del gremio de carpinteros; Lucraft, del de ebanistas; Grener, del de albañiles; Odger, del de zapateros, y algunos más. Estos hombres reconocieron la necesidad de que las organizaciones sindicales abrazasen la lucha política, *concentrando desde el primer momento* su atención sobre la reforma electoral. Ellos fueron los elementos animadores de aquel mítin monstruo que se celebró en St. James Hall, bajo la presidencia del político radical Brighth, y que protestó ruidosamente contra los planes de Palmerston, partidario de intervenir en la guerra de secesión a favor de los Estados esclavistas del Sur; al presentarse Garibaldi en Londres, en la primavera de 1864, le prepararon un solemne recibimiento.

El nuevo despertar político de la clase obrera inglesa y francesa volvió a poner en pie la idea internacional. En la Exposición universal de 1862 habíase celebrado ya una “fiesta de fraternidad” entre los delegados franceses e ingleses. Vino a estrechar estos lazos la sublevación polaca de 1863. La causa de la independencia polaca había gozado siempre de gran popularidad entre los elementos revolucionarios del Occidente de Europa; la opresión y desmembración de Polonia convirtió en una sola a las tres potencias orientales, y la restauración de aquel país despedazado era un golpe

asestado en el corazón de la hegemonía rusa sobre Europa. Los *Fraternal Democrats* venían celebrando ya con toda regularidad los aniversarios de la revolución polaca' de 1830; en estas fiestas se aclamaba entusiastamente a Polonia; pero sin olvidar que la reconstitución libre y democrática de aquella nación era una condición previa para la emancipación del proletariado.

En los mítines de homenaje a Polonia celebrados aquel año en Londres, y a que los obreros franceses enviaron también representantes, la nota social resonó con más fuerza que nunca, y esta nota daba también el tono a un mensaje de salutación dirigido a los obreros franceses por un Comité de trabajadores ingleses que presidía Odger, dándoles las gracias por haber tomado parte en aquellos mítines. En aquel documento se hacía hincapié en que la concurrencia desleal que el capital inglés hacía al proletariado de este país importando obreros extranjeros podía llevarse a cabo por no existir una organización sistemática entre las clases trabajadoras de todos los países.

Este mensaje fue traducido al francés por el profesor Beesly, un gran simpatizante de la clase obrera, encargado de la cátedra de Historia en la Universidad de Londres, y provocó un vivo movimiento de agitación en los talleres y fábricas de París, que vino a culminar en la determinación de contestarlo personalmente enviando a Londres una diputación obrera. Para recibirla, el Comité inglés convocó el 28 de septiembre de 1864 un mitin en el St. Martín Hall, presidido por Beesly; el local estaba abarrotado de público. Tolain dió lectura a la salutación con que los obreros franceses contestaban a sus camaradas de Inglaterra. Empezaba hablando de la insurrección polaca: "Nuevamente se ha visto ahogada Polonia por la sangre de sus hijos, y nosotros hemos tenido que ser espectadores impotentes", para exigir que la voz del pueblo fuese oída en todos los grandes problemas políticos y sociales. Era necesario, añadía, destruir el poder despótico del capital. La división del trabajo convertía al hombre en una máquina, y la libertad de comercio, si no se instauraba la solidaridad de la clase obrera, iba a engendrar una esclavitud industrial mucho más despiadada y terrible que la abolida por la gran revolución. Era menester que los obreros

de todos los países se uniesen para alzar una frontera insuperable frente a este sistema criminal.

Después de un vivo debate, en el que Eccarius llevó la voz de los alemanes, la asamblea acordó, a instancia del tradeunionista Wheeler, nombrar un Comité, al que se otorgaron poderes para incorporarse nuevos miembros y redactar los estatutos de una Asociación internacional, que habrían de regir provisionalmente hasta que en el próximo año decidiese en definitiva un Congreso internacional que se celebraría en Bélgica, Y se eligió, en efecto, el Comité, integrado por una serie de elementos de las tradeuniones y representantes extranjeros de la causa obrera, entre ellos, por los alemanes —la noticia publicada en los periódicos da su nombre al final—, Carlos Marx.

2. Alocución inaugural y estatutos.

Hasta entonces Marx no había tomado parte activa en el movimiento. Invitado por el francés Le Lubez a que interviniese en nombre de los obreros alemanes y designase a uno de ellos como orador, propuso a Eccarius; él se limitó a asistir al mitin desde la tribuna como personaje mudo.

Marx tenía sus trabajos científicos en demasiada estima para posponerlos a cualquier aventura de organización, cuando ésta se revelaba estéril ya desde el primer momento; pero los posponía de buen grado siempre que se tratase de una labor provechosa para la causa proletaria. Esta vez se dio cuenta de que se debatían “valores efectivos”. He aquí los términos en que escribía a Weydemeyer:

“El Comité obrero internacional que acaba de fundarse no carece de importancia. Los vocales ingleses son, en su mayor parte, los jefes de las tradeuniones; es decir, los verdaderos reyes obreros de Londres, los mismos que prepararon a Garibaldi aquel recibimiento imponente y los que con el mitin monstruo de St. James Hall, celebrado bajo la presidencia de Brighth, incapacitaron a Palmerston para declarar la guerra a los Estados Unidos, como se disponía a

hacerlo. Los vocales franceses del Comité carecen de significación, aunque sean los órganos directos de los obreros más destacados de París. Se ha establecido también contacto con las Sociedades italianas, que no hace mucho celebraron su Congreso en Nápoles. Aunque hace varios años que me vengo negando sistemáticamente a tomar parte en todo género de "organizaciones", esta vez he aceptado la invitación, pues se trata de un asunto que puede tener importancia".

En términos semejantes escribía también a otros amigos. Reconocía que "las clases obreras volvían a dar, manifiestamente, señales de vida", y consideraba su mayor deber trazarles los nuevos derroteros.

Dio la feliz coincidencia de que las circunstancias viniesen a poner en sus manos, espontáneamente, la dirección intelectual. El Comité que se había elegido fue completado mediante incorporación de nuevos elementos; lo integraban unos cincuenta vocales, la mitad de ellos obreros ingleses. El país mejor representado, después de Inglaterra, era Alemania, con unos diez vocales, la mayoría de los cuales habían pertenecido, como Marx, Eccarius, Lessner, Lochner y Pfänder, a la Liga Comunista. Francia tenía en el Comité nueve representantes; Italia, seis; Polonia y Suiza, dos cada una. Una vez constituido, el Comité nombró de su seno una sección encargada de redactar un proyecto de programas y estatutos.

Para esta sección fue elegido también Marx; pero fuese por enfermedad, o por no recibir el aviso a tiempo, lo cierto es que no pudo tomar parte en ninguna de sus primeras sesiones. El comandante Wolf, secretario particular de Mazzini; el inglés Weston y el francés Le Lubez, se debatieron en vano con las tareas asignadas a esta sección. Mazzini, a pesar de la popularidad de que gozaba por entonces entre los obreros ingleses, estaba muy poco enterado del movimiento obrero moderno para que su proyecto pudiera impresionar a aquellos disciplinados tradeunionistas. No comprendía, y, por tanto, la odiaba, la lucha de clases del proletariado. Su programa no pasaba de unos cuantos alardes de fraseología socialista, superados desde hacía mucho tiempo por las masas proletarias. Sus estatutos estaban también inspirados en el espíritu de otra época;

redactados con esa rigurosa centralización que caracteriza a las sectas políticas de conspiradores, eran incompatibles con las condiciones elementales de vida de las tradeuniones en particular, y en general de una organización internacional obrera que no aspiraba a provocar un nuevo movimiento, sino a unificar y articular el movimiento de clase del proletariado disperso en los distintos países. Tampoco los proyectos presentados por Le Lubez y Weston se salían de estos moldes fraseológicos al uso.

En este estado se hallaba el asunto cuando Marx hubo de tomarlo por su cuenta. Decidido a que, a ser posible, "no quedase en pie ni una sola línea del proyecto" y resuelto a emanciparse totalmente de él, trazó —sin que estuviese previsto en los acuerdos que se tomaran en el mitin de St. Martin Hall— un proyecto de alocución a las clases trabajadoras, una especie de mirada retrospectiva a sus vicisitudes desde el año 1848, con lo cual le quedaba el camino libre para redactar unos estatutos mucho más claros y concisos. La Sección aprobó inmediatamente su idea, contentándose con deslizar en la introducción que precedía a los estatutos unas cuantas frases sobre "derechos, deberes, verdad, moral y justicia"; pero Marx, según escribía a Engels, supo colocarlas de modo que no causasen ningún daño. Una vez hecha esta enmienda, el Comité en pleno aprobó por unanimidad y con gran entusiasmo la alocución y los estatutos.

De la alocución inaugural había de decir más tarde Beesly que era probablemente el alegato más imponente y más irrefutable de la causa obrera contra la clase media que jamás se había escrito, condensado en una docena de páginas bastante reducidas. Comenzaba patentizando el gran hecho de que la miseria y las privaciones de la clase obrera no habían disminuido en nada durante los años de 1848 a 1864, a pesar de tratarse de un período único en los anales de la historia por el desarrollo de su industria y el florecimiento de su comercio.. Lo probaba comparando documentalmente la espantosa estadística oficial de los libros azules acerca de la miseria del proletariado inglés y las cifras que daba en sus discursos sobre el presupuesto el Canciller del Tesoro Gladstone para demostrar el incremento verdaderamente anonadador del poder y de la riqueza

experimentado durante aquel período, pero en el que sólo habían tenido parte las clases ricas. La alocución ponía de relieve este contraste clamoroso de la realidad inglesa, por ser Inglaterra el país que iba a la cabeza de la industria y el comercio de Europa, pero añadiendo que este contraste era, con diferente matiz local y con diversas gradaciones, el de todos los países del Continente en que existía una gran industria.

El incremento imponente de poder y de riqueza sólo favorecía, en todas partes, a las clases acomodadas, y si en Inglaterra había un pequeño contingente de obreros que percibían jornales un poco más elevados, el alza general de los precios venía a nivelar en seguida la diferencia.

“Por todas partes vemos que la gran masa de las clases obreras se hunde en una miseria cada vez más honda, en la misma proporción, por lo menos, en que las clases altas suben en la escala social. En todos los países de Europa es hoy una verdad incontestable, que ningún investigador imparcial puede negar y que sólo discuten quienes tienen algún interés en despertar en otros esperanzas engañosas, que ni los progresos del maquinismo, ni la aplicación de la ciencia a la agricultura o a la industria, ni los recursos y artificios de los medios de comunicación, ni las nuevas colonias y la emigración, ni la conquista de nuevos mercados, ni el librecambio, ni todas estas cosas juntas, son capaces de acabar con la miseria de las masas trabajadoras, sino que, por el contrario, todo nuevo impulso que se imprima a la fuerza creadora del trabajo sobre la base falsa del régimen existente no conseguirá más que ahondar las divergencias sociales y agudizar el conflicto social. Durante este período de florecimiento económico incomparable, la muerte por hambre llegó casi a instaurarse como una institución social, en la capital del Imperio británico. Este período quedará caracterizado en los anales de la historia por la acelerada reiteración, el dilatado radio de acción y los efectos mortíferos de esa peste social a que se da el nombre de crisis del comercio y de la industria.”

La alocución pasaba luego revista a los reveses experimentados por el movimiento obrero en la década del 50, llegando a la conclusión de que también este período tenía rasgos característicos esenciales.

Dos grandes hechos se hacían resaltar sobre todo. El primero era la jornada legal de diez horas, que había tenido efectos tan benéficos para el proletariado inglés. Las luchas sostenidas por la reducción legal de la jornada venían a interponerse en el gran duelo que se estaba librando entre la regla ciega, que era la ley de la oferta y la demanda, base de la Economía política burguesa, y la producción reglamentada y presidida por la sociedad, por la que abogaba la clase obrera. “Por eso la ley de las diez horas fue algo más que un gran triunfo práctico, fue el triunfo de un gran principio: por vez primera en la historia, la Economía política de la burguesía sucumbió ante la Economía política de la clase obrera.”

Pero la Economía política del proletariado arrancó un triunfo todavía mayor con el movimiento cooperativo, con las fábricas creadas sobre el principio de la cooperación. La importancia de estos grandes ensayos sociales era extraordinaria.

“Ya no eran las razones, sino la realidad, quien venía a demostrar que la producción, montada en gran escala y obedeciendo a los postulados de la ciencia novísima, puede organizarse sin necesidad de que exista la clase de los empresarios como alimentadora de trabajo de la clase obrera, que los instrumentos de trabajo, para rendir fruto, no necesitan ser monopolizados precisamente como instrumentos de explotación y de dominio sobre los obreros, que el trabajo asalariado no es, como antes el trabajo de los esclavos y de los siervos, más que una forma condicionada y transitoria, condenada a desaparecer ante el trabajo cooperativo, el único que cumple su difícil cometido con mano pronta, inteligencia propicia y corazón alegre.”

No obstante, el trabajo cooperativo, limitado a estos ensayos ocasionales, no acabaría nunca con el monopolio capitalista.

“Acaso sea precisamente por esto por lo que unos cuantos aristócratas de ideología aparentemente noble, unos cuantos retóricos humanitarios de la burguesía y hasta un puñado de economistas, buenos conocedores del negocio, se han descolgado de pronto haciendo una serie de elogios verdaderamente repugnantes de este mismo sistema cooperativo que al principio se esforzaran por aho-

gar en germen, burlándose de él como de una utopía de soñadores o difamándolo como una locura insensata de socialistas”,

Sólo haciéndole cobrar dimensiones nacionales podría el trabajo cooperativo salvar a las masas. Pero los grandes señores de la tierra y del capital procurarían acogerse en todo momento a sus privilegios políticos para eternizar sus monopolios económicos. Por eso el primer deber de la clase obrera es conquistar el Poder.

Los obreros parecían haberlo comprendido así, como lo demostraba el hecho de que volviesen a dar señales de vida simultáneamente en Inglaterra, Francia, Alemania e Italia, aspirando en todas partes a una reorganización política del partido obrero.

“Tienen en sus manos un factor para el triunfo: el número. Pero el número sólo pesa en esta balanza cuando la organización le da unidad y lo proyecta hacia un fin consciente.”

La experiencia del pasado enseñaba que el desdén hacia la fraternidad que debía reinar entre los obreros de todos los países, espoleándolos a mantenerse estrechamente unidos en todas sus cruzadas de emancipación, se traducía en el fracaso constante de sus esfuerzos dispersos. Esta consideración había llevado al mitin de St. Martín Hall a fundar la Asociación obrera internacional.

Pero en este mitin había reinado, además, otro convencimiento. Si la emancipación de las clases obreras exigía de ellas una solidaridad fraternal, ¿cómo iban a alcanzar esta gran meta con la política exterior de sus gobiernos, encaminada toda ella a objetivos criminales, cimentada sobre prejuicios nacionalistas y proyectada hacia guerras de rapiña en las que se dilapidaban la sangre y el dinero del pueblo? No había sido la prudencia de las clases gobernantes, sino la resistencia heroica del proletariado contra su ceguera criminal, la que había evitado que el Occidente de Europa se lanzara a una cruzada infame, encaminada a eternizar y trasplantar la esclavitud al otro lado del Océano Atlántico. El aplauso escandaloso, la fingida simpatía o la estúpida indiferencia con que las clases acomodadas habían contemplado cómo Rusia se apoderaba de las montañas del Cáucaso y asesinaba a la heroica nación polaca, trazaban a las clases trabajadoras su deber de insinuarse en los secretos de la política

internacional, de acechar las intrigas diplomáticas de sus gobiernos y de oponerse a ellas por todos los medios, saliéndoles al paso si no podían impedir las, solidarizándose mediante manifestaciones de ambos lados de las fronteras e imponiendo como supremas leyes del mundo internacional las leyes escuetas de la moral y el derecho que debían regir las relaciones entre personas. No había más remedio que luchar por esta política extranjera, identificada con la cruzada general de emancipación de la clase trabajadora. La alocución terminaba con las mismas palabras del Manifiesto comunista: ¡Proletarios de todos los países, uníos!

A la cabeza de los Estatutos figuraba una exposición de motivos, que puede resumirse en los términos siguientes: La emancipación de la clase obrera ha de ser conquistada por los obreros mismos; luchar por ella no es luchar por nuevos privilegios de clase, sino por la abolición de todo régimen de clase. La sumisión económica del obrero al usurpador de los instrumentos de trabajo, es decir, de las fuentes de vida, entraña la esclavitud en todas sus formas: miseria social, raquitismo intelectual y mediatización política. La emancipación económica de la clase obrera es, por tanto, la gran meta a la que todo movimiento político debe servir. Hasta ahora, todos los esfuerzos encaminados hacia esa meta han fracasado por falta de unidad entre los diferentes grupos obreros de cada país y entre las clases obreras de los diferentes países. La emancipación de la clase obrera no es un problema local ni nacional, sino social: afecta por igual a todos los países que integran la sociedad moderna y no puede resolverse sin una cooperación sistemática y organizada de todos ellos. En esta argumentación clara y concisa venían a interpolarse aquellos lugares comunes de orden moral acerca de la justicia y la verdad, los deberes y los derechos, a que Marx había dado acogida en su texto tan de mala gana.

La organización de la Internacional tenía su órgano supremo en un Consejo general, que había de estar integrado por obreros de los diferentes países representados en la Asociación. Provisionalmente, hasta que se celebrase el primer Congreso, las funciones de este Consejo general pasaron a manos del Comité elegido en la Asamblea de St. Martín Hall. Sus atribuciones consistían en servir de

órgano internacional de enlace entre las organizaciones obreras de los diversos países, en tener constantemente informados a los obreros de cada país acerca de los movimientos de su clase en las demás naciones, en abrir investigaciones estadísticas sobre la situación de las clases obreras, en someter a debate en todas las sociedades obreras problemas de interés general, en iniciar y encauzar en caso de conflictos internacionales una acción uniforme y simultánea de las organizaciones unidas, en publicar informes periódicos, etc. El Consejo general era de elección del Congreso, que había de reunirse una vez al año. El Congreso determinaría la residencia del Consejo general, así como el lugar y la fecha para el Congreso siguiente. Sin embargo, el Consejo quedaba autorizado para completar el número de sus vocales y para variar el lugar de reunión del Congreso, en caso de necesidad, pero sin poder dilatar por ningún concepto la fecha de convocatoria. Las sociedades obreras de los diferentes países afiliadas a la Internacional conservaban intacta su organización. No se prohibía a ninguna sociedad local independiente mantener relaciones directas con el Consejo general, si bien se abogaba, como condición necesaria para la mejor eficacia de este organismo, por que las sociedades obreras de cada país se agrupasen, dentro de lo posible, en las corporaciones, nacionales representadas por el órgano central.

Sería falso decir que la Internacional fue obra de una "gran cabeza", pero es evidente que tuvo la fortuna de encontrarse, en el momento de nacer, con una gran cabeza que supo trazarle desde el primer momento su camino, librándola de extravíos y aberraciones. Marx no hizo ni pretendió tampoco hacer otra cosa. La maestría incomparable de la alocución y de los Estatutos consistía precisamente en eso, en atenerse estrictamente a la situación y a las exigencias de la hora, sin dejar por ello de entrañar, como Liebknecht hubo de decir acertadamente en una ocasión, las últimas consecuencias del comunismo, ni más ni menos que lo había hecho el *Manifiesto comunista*.

Sin embargo, ambos documentos se distinguían de éste por la forma y por el fondo. "Hay que dejar tiempo al tiempo —escribáale Marx a Engels—, hasta que el movimiento vuelva a despertar y

consienta la audacia de expresión de antaño. Ahora se impone lo de fuerte en el fondo, pero suave en la forma”. Aparte de esto, la finalidad propuesta era muy distinta. Esta vez tratábase de fundir en un gran cuerpo de ejército a toda la clase obrera militante de Europa y América, de levantar un programa que —son palabras de Engels— no cerrase la puerta a las tradeuniones inglesas, a los proudhonistas franceses, belgas, italianos y españoles, ni a los lassalleanos alemanes.

En cuanto al triunfo final del socialismo científico o, tal como se establecía en el *Manifiesto comunista*, Marx remitíase por entero a la evolución intelectual de la clase obrera, a la que había de servir de cauce su organización internacional.

Pronto estas esperanzas tuyas habían de pasar por una dura prueba; apenas había comenzado su campaña de propaganda por la nueva organización, cuando tuvo un choque grave con aquella clase obrera europea precisamente a quien los principios de la Internacional eran más accesibles.

3. La repulsa a Schweitzer

Es tradición, no por antigua menos reprobable y falsa, que los lassalleanos alemanes se negaron a entrar en la Internacional, adoptando frente a ella una actitud hostil.

En primer lugar, no se ve qué razones tenían para obrar así. Los estatutos de la Internacional no hubieran menoscabado en lo más mínimo su rígida organización, a la que ellos daban tanta importancia, y la alocución inaugural hubieran podido suscribirla sin quitarle una coma; había en ella un capítulo, el referente al trabajo cooperativo, del que se decía que sólo podía salvar a las masas haciéndoles cobrar dimensiones nacionales y fomentándolo mediante los recursos del Estado, que les debía procurar una especial satisfacción.

La verdad es que los lassalleanos se mantuvieron desde el primer momento en una actitud perfectamente cordial ante la nueva orga-

nización, si bien en el momento de crearse ésta tenían bastante que hacer con atender a sus propios asuntos. Al morir Lassalle, y siguiendo su consejo testamentario, habíase elegido presidente de la Asociación general de Obreros alemanes a Bernardo Becker; pero éste se mostró incapaz para aquel cargo y se produjo un horrible desbarajuste. No existía más órgano de cohesión que el periódico “El Socialdemócrata”, que desde fines de 1864 se venía publicando bajo la dirección espiritual de J. B. V. Schweitzer. Este hombre, tan enérgico como capaz, gestionó calurosamente la colaboración de Marx y Engels, metió a Libknecht en la redacción del periódico, a lo que nadie le obligaba, y en el segundo y tercer número reprodujo el mensaje de fundación de la Internacional.

Moses Hess, corresponsal del periódico en París, envió un artículo en que recelaba de la conducta de Tolain, acusándole de ser un agente del Palais Royal, donde Jeromo Bonaparte se hacía pasar por demagogo rojo; pero Schweitzer no se prestó a publicarlo sino después de obtener la aprobación expresa de Liebknecht. Como Marx se quejase de aquellas acusaciones, el director del periódico fue todavía más allá, ordenando que en lo sucesivo se encargaría el propio Liebknecht de redactar personalmente cuanto se refiriese a la Internacional; el 15 de febrero de 1865 escribía a Marx, anunciándole que iba a proponer a su organización, la Asociación general de Obreros alemanes, que se solidarizase plenamente con los principios de la Internacional y prometiese enviar representantes a sus congresos, absteniéndose de afiliarse de un modo formal pura y simplemente en atención a las leyes federales alemanas, que prohibían la articulación de dos o más asociaciones diferentes. A esta oferta ya no recibió Schweitzer contestación; y Marx y Engels hicieron una declaración pública desligándose de colaborar en “El Socialdemócrata”.

Basta la sola relación de los hechos para comprender que aquella penosa ruptura no obedecía en modo alguno a desavenencias surgidas con motivo de la Internacional. En su declaración, Marx y Engels exponían abiertamente las causas. Ellos no ignoraban la difícil situación del periódico de Schweitzer, ni exigían de él nada que no fuese congruente con el meridiano de Berlín. Lo único que pedían,

y así lo hicieron saber reiteradamente, era que tratase al partido feudal absolutista con la misma dureza, por lo menos, que a los progresistas. Entendían que la táctica seguida por “El Socialdemócrata” no les permitía a ellos seguir colaborando en aquel periódico. Seguían manteniendo, sin quitarle una tilde, cuanto habían expuesto en la “Gaceta Alemana de Bruselas” acerca del socialismo gubernamental de la corona de Prusia y de la actitud del partido obrero ante semejante obra de artificio, contestando a un periódico renano en que se proponía una “alianza” del “proletariado” con el “gobierno” contra la “burguesía liberal”.

La táctica del periódico de Schweitzer no tenía nada que ver con tales “alianzas” ni con semejante “socialismo gubernamental prusiano”. Frustradas las esperanzas de Lassalle, que había querido poner en pie a la clase obrera alemana, imprimiéndole un potente impulso, la Asociación general fundada por él veíase comprimida, con sus dos mil afiliados, entre dos adversarios poderosos, cada uno de los cuales era lo bastante fuerte para aplastarla. En las circunstancias de aquella época, el incipiente partido obrero no tenía absolutamente nada que esperar del odio idiota de la burguesía; en cambio, de la diplomacia astuta de Bismarck podía esperar, por lo menos, una cosa: que no pudiera llevar a cabo su política prusiana de expansión sin hacer ciertas concesiones a las masas. A Schweitzer no se le escaparon nunca el verdadero valor y finalidad de tales concesiones, ni se hacía ilusiones acerca de ellas; pero en una época en que la clase obrera alemana carecía casi en absoluto de las condiciones legales necesarias para organizarse, en que no poseía derechos electorales eficaces y en que la libertad de prensa, de reunión y asociación estaba a merced del capricho burocrático, un periódico como “El Socialdemócrata” no podía avanzar atacando con igual violencia a ambos adversarios, sino lanzando al uno contra el otro. Sin embargo, esta política tenía una condición inexcusable, y era que el joven partido obrero se mantuviese independiente frente a uno y otro bando, procurando a la par conservar viva en las masas la conciencia de ello.

Esto precisamente era lo que se esforzaba por hacer Schweitzer, y no puede negarse que lo consiguió. En vano se buscará en el perió-

dico una sola sílaba de la que se infiera la existencia de una “alianza” con el gobierno contra el partido progresista. Si analizamos la actuación pública de Schweitzer, relacionándola con la marcha general de la política en aquella época, nos encontraremos con algunos errores, que tampoco trata de encubrir su propio autor; pero comprobaremos que su política era, en lo sustancial, una política hábil y consecuente, inspirada tan sólo en los intereses de la clase obrera, y que ni Bismarck ni ningún otro reaccionario podía haber dictado.

Schweitzer les llevaba de ventaja a Marx y Engels, ya que otra cosa no fuese, su conocimiento exacto de la realidad prusiana. Ellos la veían siempre a través del color de su cristal, y Liebknecht les falló en la función informadora y mediadora que las circunstancias le habían asignado. Retornó a Alemania en 1862, llamado por Brass, un republicano rojo, repatriado también del destierro, para fundar la “Gaceta General Alemana del Norte”. Pero apenas se había incorporado Liebknecht a la Redacción, cuando se descubrió que Brass tenía vendido el periódico al Gobierno de Bismarck. Liebknecht se separó inmediatamente; pero esta aventura, la primera que experimentó al volver a su país, dejó en él una desventurada huella. No por las consecuencias materiales, porque volviera a verse en medio del arroyo, como en los largos años del destierro, pues esto era lo que menos preocupaba a quien como él ponía el interés de la causa por encima de su persona, sino porque aquella lamentable experiencia ya no le permitió orientarse certeramente ante la nueva situación con que se encontraba en Alemania.

Al pisar de nuevo tierra alemana, Liebknecht seguía siendo, en el fondo, el hombre del 48. Aquel hombre de la “Nueva Gaceta del Rin”, para quien la teoría socialista y hasta la lucha proletaria de clases quedaban todavía rezagadas ante la cruzada revolucionaria de la nación contra el régimen de las clases retrógradas. La teoría socialista, aunque penetrase bien en sus ideas fundamentales, no fue nunca, en lo que a la armazón especulativa se refiere, el fuerte de Liebknecht; lo que de Marx había adquirido en los años del destierro, era la tendencia a escrutar los horizontes de la política internacional, acechando todo germen revolucionario. Ante estas

perspectivas, Marx y Engels, que, como renanos natos que eran, despreciaban en demasía todo lo que viniese del Elba, el Estado prusiano no tenía gran importancia, y aún tenía menos para Liebknecht, que procedía del mediodía de Alemania y que sólo había tomado parte, como militante, en los movimientos de Badén y de Suiza, cunas de la política cantonal. Prusia seguía siendo, para él, como antes de marzo, un Estado vasallo del zarismo, un Estado que se alzaba frente al progreso histórico con los recursos abominables de la corrupción y que había que derribar antes de nada, pues sin eso no podía ni pensarse en las modernas luchas de clases, dentro de Alemania. Liebknecht no se daba cuenta de lo mucho que el proceso económico de los años 50 y siguientes había transformado el Estado prusiano, creando también dentro de él realidades nuevas que imponían como necesidad histórica el que la clase obrera se desglosase de la democracia burguesa.

En estas condiciones no era posible que la inteligencia entre Liebknecht y Schweitzer fuese duradera. A los ojos del primero vinieron a colmar las medidas cinco artículos que Schweitzer publicó acerca del gabinete Bismarck, artículos que, si bien trazaban un paralelo magistral entre la política de expansión prusiana y la política proletaria revolucionaria ante el problema de la unidad alemana, tenían el “defecto” de describir la peligrosa pujanza de la política de Prusia con tal elocuencia, que más parecían ensalzarla que condenarla. Por su parte, Marx incurrió en el “error” de exponer a Schweitzer, en una carta de 13 de febrero, que el gobierno prusiano haría todas las concesiones frívolas y todas las piruetas que se quisieran en materia de cooperativas de producción, pero que no llegaría nunca a abolir las leyes contra las huelgas y coacciones, ni a menoscabar su régimen burocrático y policíaco. Al decir esto, Marx parecía olvidarse de lo que, años antes, él mismo alegara tan elocuentemente contra Proudhon, a saber: que no son los gobiernos los que mandan sobre las realidades económicas, -sino éstas las que trazan el camino a los gobiernos. No habían de transcurrir muchos años antes de que Bismarck se viese obligado, bien contra su voluntad, a derogar las leyes contra las coaliciones. En su contestación de 15 de febrero —en aquella misma carta en que Schweitzer prometía impulsar la incorporación de su organización obrera a la Internacio-

nal, volviendo a insistir en que Liebknecht quedaba encargado de redactar personalmente cuanto se refiriese a los asuntos de ésta—, Schweitzer apuntaba que atendería de buen grado a cuantos consejos teóricos Marx creyese oportuno darle; pero que, para juzgar acertadamente acerca de los problemas prácticos que planteaba la actuación del momento, era necesario estar en el foco del movimiento y conocer de cerca la realidad. Esta carta hizo que Marx y Engels consumasen la ruptura que ya se venía dibujando de atrás.

Para comprender bien todos estos enredos y extravíos es necesario no perder de vista los manejos, verdaderamente deplorables, de la vieja condesa de Hatzfeldt. La amiga de Lassalle ofendió gravemente, con esta conducta suya, la memoria del hombre que salvara su vida de la infamia. Quiso convertir la obra de Lassalle, su organización obrera, en una secta fanática en que las palabras del maestro se erigían en dogma; pero no tal y como él, en vida, las había pronunciado, sino como a la condesa le cumplía interpretarlas. Hay una carta dirigida por Engels a Weydemeyer, con fecha 10 de marzo, por la que podemos juzgar de lo fatal que era la actuación de esta señora. En ella, después de aludir a la fundación de “El Socialdemócrata”, se dice lo siguiente:

“El periodiquito se dedicó a rendir un culto verdaderamente insoportable a Lassalle, mientras nosotros averiguábamos de un modo positivo (la vieja Hatzfeldt se lo contó así a Liebknecht, invitándole a trabajar en este sentido), que Lassalle estaba mucho más comprometido con Bismarck de lo que nosotros creíamos. Existía entre ellos una alianza formal por la que Lassalle se comprometía a ir a Sleswig-Holstein y abogar allí por la anexión de los ducados, mientras que Bismarck, por su parte, hacía unas cuantas promesas vagas respecto a la implantación de una especie de sufragio universal, y menos vagas en lo referente al régimen de coaliciones y concesiones sociales, ayuda del Estado para las asociaciones obreras, etc. El tonto de Lassalle no se aseguraba garantía alguna contra Bismarck, que podía quitárselo de encima, sin miedo a nada, en cuanto le fuese gravoso. Los caballeros de “El Socialdemócrata” sabían esto, y sabiéndolo no tenían inconveniente en seguir rindiendo culto, cada vez más desafortunadamente, a Lassalle. Además, esos men-

tecatos, intimidados por las amenazas de Wagener y de su periódico (la *Kteuzzeitung*), se prestaron a hacerle la corte a Bismarck, a coquetear con él, etc., etc. En vista de todo esto, hicimos pública una declaración y nos separamos del periódico, como lo hizo también Liebkecht."

Se hace difícil de creer que Marx, Engels y Liebkecht, que habían conocido a Lassalle y leían el periódico, diesen crédito a las fábulas de la condesa de Hatzfeldt. Pero sí creían en ellas, era natural, naturalísimo, que se apartasen del movimiento iniciado por aquél.

Sin embargo, su repulsa no tuvo consecuencias prácticas para este movimiento. Un antiguo afiliado a la Liga Comunista, como Röser, elocuente mantenedor de los principios del Manifiesto comunista ante el Tribunal de Colonia, votó por la táctica de Schweitzer.

4. "La primera Conferencia de Londres"

Como se ve, los lassalleanos quedaron apartados desde el primer momento de la nueva organización, y la propaganda por la Internacional no daba tampoco grandes frutos, en un principio, cerca de los sindicatos ingleses ni de los proudhonistas de Francia. Por el momento, no era más que un puñado de directivos sindicales el que comprendía la necesidad de abrazar la lucha política, sin que por otra parte viesan tampoco en la Internacional más que un simple medio para los fines de sus organizaciones. Pero, por lo menos, estos hombres tenían una gran experiencia práctica en materias de organización; no así los proudhonistas franceses, que carecían de toda experiencia, como carecían también de una visión clara en lo tocante a los derroteros históricos del movimiento obrero. La nueva organización proponíase un cometido imponente, y para cumplirlo hacían falta dos cosas: un celo inagotable y una incansable energía,

Marx puso en la obra ambas cosas, la energía y el celo, a pesar de que se veía atormentado sin descanso por dolorosas enfermedades y de que ardía en deseos de seguir trabajando en su obra capital de investigación. "Lo peor de estas agitaciones es que le perturban a

uno demasiado en cuanto se mete en ellas”, suspiraba en una de sus cartas; en otra, decía que la Internacional y cuanto con ella se relacionaba pesaba “como un incubo” sobre él, y que le gustaría poder sacudírselo. Pero ya no había escape; comenzada la obra, había que continuarla, y Marx no habría sido quien era sí, en realidad, el tener que soportar esta carga no le causase más contento y satisfacción que el verse libre de ella.

Pronto se puso de manifiesto que la verdadera “cabeza” de todo el movimiento era él. Y no porque se hubiese insinuado, ni mucho menos, pues sentía un desprecio sin límites por la popularidad barata y por esa manera democrática de darse importancia públicamente y no hacer nada; todo su afán, para no ser de éstos, era trabajar entre bastidores, desapareciendo de la escena. Pero ninguno de los que actuaban en la reducida organización poseían, ni con mucho, las elevadas dotes que aquella vasta labor de agitación exigía; una penetración clara y profunda para adentrarse en las leyes de la marcha histórica, energía para aspirar a lo necesario y paciencia para contentarse con lo asequible, una condescendencia generosa para los errores de buena fe y mano dura inexorable contra todo lo que fuese ignorancia obstinada. Marx podía ejercitar ahora, en un plano incomparablemente más amplio que en la colonia revolucionaria de otros tiempos, su gran talento para dominar a los hombres, a la par que los dirigía y enseñaba.

Los litigios y tirantezas personales, que suelen ser inseparables de los comienzos de todo movimiento de esta índole, le llevaban “una enormidad de tiempo”; los afiliados italianos, y sobre todo los franceses, no cesaban de plantearle dificultades inútiles. En París reinaba, desde los años de la revolución, una profunda antipatía entre los “obreros intelectuales y manuales”; los proletarios no se olvidaban fácilmente de las traiciones frecuentísimas de los literatos, y los literatos excomulgaban todo movimiento obrero que se desentendiese de ellos. Además, en el seno de la clase obrera, bajo la presión del despotismo militar bonapartista, iba echando raíces la sospecha de que pudiera haber por medio manejos de arriba, recelo tanto más explicable cuanto que se carecía de todo recurso de información por medio de periódicos o asociaciones. Estos conflictos

franceses robaron más de una preciosa velada y absorbieron más de un paciente y detenido acuerdo en la labor del Consejo general.

En cambio, Marx podía encontrar satisfacción y fruto en los trabajos de la sección inglesa. Los obreros ingleses, que habían combatido la solidaridad de su Gobierno con los Estados rebeldes del Sur en la guerra de secesión, tenían ahora perfecto derecho a felicitar a Abrahán Lincoln, reelegido para la presidencia de los Estados Unidos. Fue Marx quien redactó el proyecto de mensaje al “sencillo hijo de la clase obrera a quien había correspondido la misión de dirigir a su país en aquella lucha augusta por la liberación de una raza esclavizada”; mientras los obreros blancos de la Unión no comprendieron que la esclavitud infamaba a su República; mientras se jactaban ante el negro, vendido sin preguntarle por su voluntad, del gran privilegio del obrero blanco, que no es otro que el de poder venderse a sí mismo eligiendo a su dueño y señor; mientras esto ocurría, habían estado incapacitados para conquistar la verdadera libertad y apoyar la campaña de emancipación de sus hermanos de Europa. Pero el mar rojo de sangre de la guerra civil había barrido estos obstáculos. El mensaje estaba escrito con una evidente satisfacción y amor a la causa, aunque Marx, que, como Lessing, gustaba de hablar en tono despectivo de sus trabajos personales, escribía a Engels que había tenido que redactar aquel papel con mucho más esfuerzo que si se hubiera tratado de un trabajo serio, procurando, al menos, que la fraseología a que semejantes documentos se limitaban siempre se distinguiese de la fraseología democrática vulgar. Lincoln se dio muy bien cuenta de la diferencia, y contestó en un tono amistosísimo y cordial, con gran asombro de la prensa de Londres, pues el “old man” acostumbraba a contestar los mensajes y felicitaciones de la democracia burguesa con unos cuantos cumplimientos protocolarios.

Como “trabajo serio” era mucho más importante, sin duda, una disquisición sobre “el salario, el precio y la ganancia”, que Marx hubo de desarrollar ante el Consejo general de la Internacional el 26 de junio de 1865, para refutar la opinión mantenida por algunos vocales de que un alza general de los salarios no favorecería en nada a los obreros y perjudicaría, por tanto, a las tradeuniones. Este

modo de ver partía del error de que el salario determinaba el valor de las mercancías y de que si hoy el capitalista pagaba a sus obreros cinco chelines en vez de cuatro, mañana, al aumentar la demanda, sus mercancías subirían también de cuatro chelines a cinco. Marx entendía que, por vulgar que la explicación fuese y por mucho que quisiera atenerse al lado superficial y aparente de los fenómenos, no era fácil hacer comprender a un público ignorante todos los problemas económicos con esto relacionados; no podía condensarse en una hora todo un curso de Economía política. Y sin embargo, logró de un modo excelente la finalidad que se proponía, y las tradeuniones le expresaron su gratitud por el gran servicio que les había prestado,

Pero los primeros éxitos notorios de la Internacional debieron al movimiento que empezaba a cundir en torno a la reforma electoral inglesa. Ya en 1.º de mayo de 1865 escribía Marx a Engels:

"La reforma de League es obra nuestra. En el Comité de los doce (integrado por seis representantes de la clase media y seis de la clase obrera), todos los obreros son vocales de nuestro Consejo general (entre ellos Escarnís). Todas las tentativas mediocres de los burgueses por desorientar a los obreros las hemos hecho fracasar nosotros... Si conseguimos galvanizar de nuevo así el movimiento político de la clase obrera inglesa, nuestra asociación, sin meter ruido, habrá hecho ya más por los trabajadores europeos que lo que en cualquier otro terreno hubiera podido conseguirse. Y hay razones para pensar que triunfaremos."

A esta carta contestaba Engels, el 3 de mayo:

"La Asociación Internacional ha ganado, realmente, un terreno colosal, en tan poco tiempo y sin ostentación. No sale perdiendo nada con concentrarse, por ahora, en Inglaterra, en vez de consagrarse interminablemente a los líos franceses. Ya tienes ahí en qué ocuparte."

Pronto había de demostrarse, sin embargo, que también este triunfo tenía su reverso.

En general, Marx no creía que la situación estuviese aún lo suficientemente consolidada para ir a un congreso público, como se

había previsto para el año 1865 en Bruselas. Temía, y no sin razón, que aquello se convirtiese en una verdadera Babilonia de lenguas. Con grandes esfuerzos, y venciendo sobre todo la resistencia de los franceses, consiguió convertir el proyectado Congreso público en una Conferencia provisional que habría de celebrarse en Londres a puerta cerrada, y a la que sólo podrían acudir los representantes de los Comités directivos; en ella se prepararía el congreso futuro. Marx expuso como razones, en abono de su idea, la necesidad de establecer una inteligencia previa, la campaña electoral inglesa, las huelgas que empezaban a estallar en Francia y, finalmente, una ley de extranjería que acababa de promulgarse en Bélgica y que imposibilitaba la celebración del Congreso en aquella capital.

La conferencia de Londres deliberó desde el 25 al 29 de septiembre de 1865. El Consejo general destacó, con su presidente, Odger; su secretario general, Cremer, y algunos otros vocales ingleses, a Marx y a sus dos principales colaboradores en los asuntos de la Internacional: Eccarius y Jung, un relojero suizo residente en Londres, que hablaba a la perfección el alemán, el inglés y el francés. De Francia acudieron Tolain, Fribourg y Limousin, todos los cuales habían de desertar años después de la Internacional, y con ellos Schily, un viejo amigo de Marx ya desde el 48, y Varlin, uno de los héroes y mártires de la Comuna de París. De Suiza vinieron el encuadernador Dupleix, en representación de los obreros latinos, y Juan-Felipe Becker, un antiguo cepillero y agitador incansable, representando a los obreros alemanes. De Bélgica, César de Paepe, que se había dedicado al estudio de la medicina siendo aprendiz de cajista de imprenta, hasta alcanzar el título de médico.

La Conferencia de Londres se ocupó, ante todo, de la situación financiera. Resultó que el primer año no había sido posible reunir más que unas 33 libras. No recayó acuerdo, por el momento, acerca del pago de una cuota periódica, decidiéndose solamente que, para fines de propaganda y para costear los gastos del congreso, se reuniría un fondo de 150 libras, distribuidas en la siguiente forma: Inglaterra, 80; Francia, 40; Alemania, Bélgica y Suiza, 10 cada una. El presupuesto no llegó a adquirir gran vitalidad, pues el “nervio de las cosas” no fue nunca el nervio de la Internacional. Años

después Marx decía con amargo humorismo que el presupuesto del Consejo general se componía de cantidades negativas y en progresión ascendente. A la vuelta del tiempo Engels escribía que, a pesar de los “ famosos millones de la Internacional”, aquel Comité no había dispuesto casi nunca más que de deudas, añadiendo que seguramente no se había hecho nunca tanto con tan poco dinero.

El informe acerca de la situación en Inglaterra corrió a cargo de Cremer, el secretario general. Dijo que en el continente se tenía a las tradeuniones por organizaciones riquísimas, con posibilidades para ayudar a una causa que era también la suya propia; pero que se hallaban cohibidas por estatutos mezquinos y muy rigurosos. Que, excepción hecha de unos cuantos hombres, no querían saber tampoco nada de política y que la inteligencia de ésta les era casi inasequible. No obstante —continuaba—, advertíase un cierto progreso. Años antes no se hubieran dignado siquiera oír a los emisarios de la Internacional; hoy se les recibía cordialmente, se les escuchaba y se asentía a sus principios, Era el primer caso de que una organización que tuviese algo que ver con los problemas de la política hubiera logrado insinuarse en las tradeuniones.

Fribourg y Tolain hicieron el informe de Francia, exponiendo que la Internacional había encontrado allí un ambiente propicio; aparte de París, tenía afiliados en Rouen, Nantes, Elbeuf, Caen y otras localidades, habiendo conseguido colocar un número considerable de *carnets* de socios con una cuota anual de 1,25 francos, si bien el fondo formado con estas cotizaciones se había invertido en fundar una Oficina Central en París y en subvencionar el viaje de los delegados. Como consuelo, aseguraron al Consejo general que esperaban colocar todavía otros 400 *carnets* de afiliados. Los delegados franceses se lamentaron del aplazamiento del Congreso, entendiendo que era un gran obstáculo para la marcha de la organización, y lamentáronse también de la intimidación de los obreros por el régimen policíaco bonapartista. Por todas partes se oía este reproche: “Cuando nos demostréis que sois capaces de hechos, nos afiliaremos.”

Los informes de Becker y Dupleix acerca de Suiza eran muy halagüeños, a pesar de que allí la labor de agitación no había comenza-

do hasta hacía seis meses. En Ginebra existían ya 400 afiliados, 150 en Lausana y otros tantos en Vevey. La cuota mensual ascendía a 50 peniques, aunque los afiliados pagarían hasta el doble, pues estaban penetrados en todo y por todo de la necesidad de cotizar para mantener la organización. Tampoco los delegados suizos aportaban dinero; pero sí el consuelo de que hubieran reunido una bonita suma a no ser por sus gastos de viaje.

En Bélgica la agitación no llevaba más de un mes de desarrollo. Sin embargo, el delegado informaba que existían ya 60 afiliados, con el compromiso de cotizar tres francos al año como mínimo, de cuya suma se destinaría la tercera parte al Consejo general.

Marx, en nombre de aquel organismo directivo, propuso que el Congreso proyectado se celebrase en Ginebra, en septiembre u octubre de 1866. El sitio se aprobó por unanimidad; pero la fecha hubo de adelantarse, a vivísimas instancias de los franceses, hasta la última semana del mes de mayo. Los franceses exigieron también que todo aquel que exhibiese el *carnet* de afiliado tuviera voz y voto en el congreso, declarando que esto era, para ellos, una cuestión de principio, pues así había que entender el sufragio universal. Tras un reñido debate, prevaleció el sistema de representación por medio de delegados, por el que abogaron principalmente Eccarius y Cremer.

El orden del día redactado por el Consejo general para este Congreso abarcaba una larga serie de puntos: trabajo cooperativo; reducción de jornada; trabajo de la mujer y del niño; pasado y porvenir de las organizaciones sindicales; influencia de los ejércitos permanentes en los intereses de las clases obreras, etc. Todos ellos fueron aprobados por unanimidad, y no hubo más que dos puntos que provocasen disparidades de criterio.

Uno de ellos no había sido iniciativa del Consejo general, sino de los franceses. Estos exigieron que en el orden del día figurase el tema siguiente: “Las ideas religiosas y su influencia en el movimiento social, político e intelectual.” Lo mejor y lo más breve, para saber qué les llevaba a plantear este problema y qué actitud adoptó Marx ante él, es citar unas cuantas líneas de la necrología de

Proudhon, publicada por éste pocos meses antes en “El Socialdemócrata” de Schweitzer (el único artículo, dicho sea entre paréntesis, que envió a este periódico):

“Los ataques dirigidos por Proudhon contra la religión, la Iglesia, etc., tenían un gran mérito local en una época en que los socialistas franceses juzgaban oportuno anteponer el sentimiento religioso al voltairianismo burgués del siglo XVIII y al ateísmo alemán del siglo XIX. Y si Pedro el Grande reprimía la barbarie rusa a fuerza de barbarie, Proudhon se esforzaba por dar la batalla a la fraseología francesa a fuerza de frases”.

Los delegados ingleses no eran tampoco partidarios de que se lanzase esta “manzana de la discordia”; pero la propuesta de los franceses prevaleció por 18 votos contra 13.

El otro punto litigioso del orden del día había sido propuesto por el Consejo general, y afectaba a un problema de política europea, al que Marx concedía especial importancia, a saber: "Necesidad de poner trabas a la creciente influencia de Rusia en Europa, restaurando, por virtud del derecho de las naciones a gobernarse por sí mismas, una Polonia independiente sobre bases democráticas y socialistas". Ahora eran los franceses quienes se oponían. ¿Por qué confundir las cuestiones políticas con las sociales? ¿Por qué divagar sobre problemas tan lejanos, cuando había tanta opresión que combatir a las puertas de casa? ¿Por qué empeñarse en salir al paso de la influencia del Gobierno ruso, teniendo mucho más cerca a los Gobiernos prusiano, austríaco, francés e inglés, cuyo poder no era menos funesto? También el delegado belga se manifestó con gran energía en contra de la propuesta, entendiendo que la restauración de Polonia sólo podía favorecer a tres clases: la alta nobleza, la baja nobleza y el clero.

Aquí es donde se ve más patente la influencia de Proudhon. Este habíase manifestado reiteradas veces adverso a la restauración de Polonia; la última vez con ocasión del alzamiento polaco de 1863, ante el cual, según las palabras de Marx en su necrología, desplegó un cinismo de cretino a la mayor gloria y honra del zar. En Marx y Engels aquel alzamiento remozó, por el contrario, las viejas simpa-

tías que habían exteriorizado por la causa polaca en los años de la revolución, y hasta tuvieron el propósito de lanzar los dos un manifiesto de homenaje a Polonia, pero sin llegarlo a realizar.

Sin embargo, estas simpatías no estaban exentas de crítica. El 21 de abril de 1863 escribía Engels a Marx:

“Hay que reconocer que para entusiasmarse con los polacos de 1772 se necesita ser un búfalo. Cierto es que la nobleza de entonces sabía morir con dignidad, y hasta con su poco de ingenio, en la mayor parte de Europa, aunque tuviese por máxima general la de que el materialismo consiste en comer, beber, dormir, ganar en el juego y hacerse pagar por las canalladas; sin embargo, tan imbécil en el modo de venderse a los rusos como los polacos, no había nobleza alguna.”

Pero mientras no fuese posible pensar en una revolución dentro de la misma Rusia, no había más posibilidad de contrarrestar la influencia zarista en Europa que la restauración de Polonia; por eso Marx veía en la cruel represión del alzamiento polaco y en la penetración simultánea del despotismo zarista en el Cáucaso los dos acontecimientos europeos más importantes desde el año 1815. Ya había hecho hincapié en ello en el capítulo de la alocución inaugural consagrado a la política exterior del proletariado; pasaron varios años, y todavía se lamentaba amargamente de la oposición que este punto del orden del día había encontrado por parte de Tolain, Fribourg y otros. Sin embargo, de momento logró vencer su resistencia, ayudado por los delegados ingleses, y la cuestión polaca se mantuvo en el orden del día.

La conferencia deliberaba por las mañanas a puerta cerrada, bajo la presidencia de Jung, y por las noches en sesiones semipúblicas, que presidía Odger. En estas reuniones nocturnas se debatían, ante un público obrero, los puntos esclarecidos en las sesiones privadas. Los delegados de París publicaron un informe acerca de la conferencia y del programa trazado para el Congreso, que encontró vivo eco en la prensa parisina. Con visible satisfacción, acota Marx:

“Los de París se han quedado un poco sorprendidos cuando han visto que el asunto de Rusia y de Polonia, que ellos no querían que

se tocase, era el que más sensación causaba.” Y a la vuelta de los años gustaba de remitirse al “comentario entusiasta” que estos puntos en particular y todo el programa del congreso en general merecieran de Henri Martín, el conocido historiador francés.

5. La guerra alemana.

Personalmente, para él, la atención absorbente que hubo de consagrar a la Internacional tenía una consecuencia dolorosa, y era que, al paralizar sus trabajos lucrativos, conjuraba sobre sí y los suyos todas las penurias de antes.

El 31 de julio escribía a Engels, diciéndole que hacía dos meses que vivía de la casa de empeños.

“Ten seguro que de buena gana me hubiera dejado cortar el dedo gordo antes de escribirte esta carta. Es verdaderamente anonadador esto de pasarse media vida dependiendo de otro. Lo único que me sostiene, cuando pienso en esto, es la idea de que los dos formamos una especie de sociedad, a la que yo apporto mi tiempo para el lado teórico y organizador del negocio. Es cierto que tenemos una casa demasiado cara para nuestros posibles, y que, además, este año hemos vivido mejor que otros. Pero no hay más remedio, si queremos que los niños, aparte de lo mucho que han sufrido y de lo que hay que indemnizarles, aunque sólo sea por un poco de tiempo, puedan hacerse conocimientos y relaciones que les aseguren un porvenir el día de mañana. Creo que tú mismo convendrías conmigo en que, aun considerado el asunto en su aspecto puramente mercantil, no podemos meternos a vivir en un cuarto estrictamente proletario, como podríamos hacerlo si no fuésemos más que mi mujer o yo, o las chicas siguiesen siendo pequeñas.”

Engels prestó inmediatamente su ayuda; pero a la vuelta de un par de años la penuria volvía a reproducirse, con todo su cortejo de preocupaciones.

Pocos meses después de esto se le brindaba a Marx una nueva fuente de ingresos, gracias a una oferta tan singular como insepara-

da que le hizo por carta Lotario Bucher, con fecha 5 de octubre de 1865. Por los años en que Bucher vivió emigrado en Londres no trabó relación alguna de conocimiento, ni mucho menos de afecto, con Marx; éste siguió manteniendo una actitud crítica frente a él cuando Bucher, habiéndose destacado con cierto relieve en medio del barullo de la emigración, se unió a Urquhart, como partidario entusiasta suyo. En cambio, Bucher habló muy bien a Borkheim de la obra polémica de Marx contra Vogt, diciendo que se disponía a hacer una reseña de ella en la *Allgemeine Zeitung*; la reseña, sin embargo, no llegó a publicarse, bien porque no la escribiese o porque el periódico se negase a insertarla. Decretada la amnistía por el Gobierno prusiano, Bucher retornó a Prusia y trabó amistad en Berlín con Lassalle; en 1862 fueron juntos a la Exposición universal de Londres, donde el antiguo desterrado conoció personalmente a Marx, a quien le presentó su amigo. Marx guardó de él la impresión de “un hombrito muy fino, aunque embrollado”, de quien no creía que estuviese de acuerdo con la “política exterior” de su amigo. Al morir Lassalle, Bucher se enganchó al servicio del gobierno de Prusia, y hablando de él y de Rodbertus, Marx empleaba en una carta a Engels esta enérgica expresión: “Son una canalla toda esa gentuza de Berlín, las Marcas y Pomerania.”

Ahora, Marx se encontraba con esta carta de Bucher:

“¡Ante todo, el negocio! El periódico *Staatsanzeiger* desea un resumen mensual acerca de la marcha del mercado del dinero (incluyendo, naturalmente, el de mercancías, cuando no sea posible separarlos). Me han preguntado si podía recomendar a alguien, y yo contesté que nadie podría hacerlo mejor que usted. En vista, de ello, me pidieron que le escribiese solicitándole esta colaboración. En punto a la extensión de los artículos, no se le pone a usted límites; cuanto más extensos y concienzudos sean, tanto mejor. Por lo que respecta al contenido, se sobreentiende que no tiene usted más norma que sus convicciones científicas; sin embargo, dado el público de lectores del periódico (la *haute finance*), no sería aconsejable, en punto a redacción, que tocase usted demasiado la medula de los problemas, como si se tratase de gente especializada, ni se enzarzase en polémicas.” Seguían unas cuantas indicaciones res-

pecto a la parte material del asunto, el recuerdo de una excursión que habían hecho juntos con Lassalle, cuya muerte seguía siendo un "enigma psicológico para él", y la noticia de que, como sabría, había retornado a su primer amor, el papel sellado. "Nunca estuve de acuerdo con Lassalle en que la marcha de las cosas hubiera de ser tan rápida como él pensaba. El progreso tiene que mudar todavía muchas veces de piel antes de morir, y quien en vida quiera hacer algo dentro del Estado, no tiene más remedio que agruparse en torno al Gobierno."

La carta terminaba con saludos respetuosos para la señora de Marx y para las jóvenes damas de la casa, sobre todo para la pequeña, y con la fórmula protocolaria y usual de "su atento y seguro servidor".

Marx contestó rechazando la oferta, aunque no poseemos datos concretos acerca de su contestación ni del juicio que le mereció la carta de Bucher. Poco después de recibirla, hizo un viaje a Mánchester, donde debió de tratar verbalmente del asunto con Engels; en la correspondencia cruzada con éste no se toca para nada ese punto, y en las cartas escritas por Marx a otros amigos, por lo menos en aquellas de que tenemos noticia, sólo una vez y de pasada se habla de él. Pero, a la vuelta de catorce años, cuando, después de los atentados de Hódél y Nobiling, se desencadenó en Berlín una persecución furiosa contra los socialistas, lanzó la carta al campo de los azuzadores, donde explotó con la fuerza arrasadora de una bomba. Bucher era a la sazón secretario del Congreso de Berlín y autor, según el testimonio de su biógrafo oficioso, del proyecto de la primera ley contra los socialistas presentada al Reichstag después del atentado de Hódél y desechado por el Parlamento.

Desde entonces es tema favorito de discusión el de si Bismarck se proponía comprar a Marx por medio de aquella carta de Bucher. Es cierto que el Canciller, en el otoño de 1865, en que el Tratado de Gastein puso una pequeña cataplasma sobre la rotura inminente con Austria, se inclinaba, para decirlo con su propia metáfora de cazador, a "soltar todos los perros que quieren ladrar". Bismarck llevaba demasiada sangre de junker prusiano en sus venas para coquetear con el problema obrero a la manera de un Disraeli, ni

siquiera de un Bonaparte; y conocida es la pintoresca idea que tenía formada de Lassalle, a pesar de haber estado varias veces en relación personal con él. Pero entre sus colaboradores había dos personas harto mejor orientadas que él en este punto tan delicado; el propio Lotario Bucher y Hermann Wagener. Wagener hizo, por su parte, todo lo posible por echar cebo al movimiento obrero alemán, valiéndose para ello, entre otros recursos, de la condesa de Hatzfeldt. Pero Wagener, como director espiritual que era del partido de los junkers y amigo viejo de Bismarck, ya anterior a los días de marzo, ocupaba una posición mucho más independiente que Bucher; éste sólo podía vivir de la buena voluntad del Canciller, pues la burocracia le miraba de reojo como a intruso poco grato, y el rey, acordándose de lo del 48, no quería saber tampoco nada de él. Además, Bucher era hombre de carácter débil, un “pez sin espinazo”, como solía llamarle su amigo Rodbertus.

Es evidente, por todo esto, que si Bucher, con su carta, quería comprar a Marx, Bismarck no era ajeno a esta maniobra. Pero ¿es que, realmente, existía aquel designio? El proceder de Marx, utilizando la carta de Bucher contra las persecuciones socialistas de 1878, era una jugada hábil y perfectamente lícita, pero no prueba ni siquiera que Marx interpretase la carta de Bucher desde el primer momento como una tentativa de corrupción, ni mucho menos que esta tentativa realmente existiese. Bucher sabía perfectamente que Marx, desde su repulsa a Schweitzer, no era persona grata a los lassallanos, aparte de que aquel resumen mensual acerca del mercado internacional de dinero y de mercancías para el más aburrido de todos los periódicos alemanes no parecía el medio más adecuado para conjurar el ambiente hostil que tenía la política bismarckiana entre los obreros, ni mucho menos para atraérselos a esta política. Cuando Bucher afirma que al recomendar a su antiguo compañero de destierro a la dirección del periódico no abrigaba ninguna intención política, dice probablemente la verdad, con la reserva acaso de que la dirección seguramente pondría el veto desde el primer momento a un progresista manchesteriano. Después de la repulsa de Marx, Bucher se dirigió a Dühring; éste accedió, pero pronto hubo de suspender la colaboración, al comprobarse que el director del periódico no daba, ni mucho menos, pruebas de aquel respeto a las

“convicciones científicas” que Bucher ensalzaba en él.

Peor todavía que el agobio material en que hundían a Marx sus trabajos fatigosísimos de la Internacional y sus investigaciones científicas era el quebranto, cada día mayor, que iba experimentando su salud. El 10 de febrero de 1866, Engels le escribía: “Ya es hora de que hagas algo razonable por salir de esos malditos carbunclos... Deja de trabajar por las noches durante una temporada, y procura hacer una vida más normal.”

Marx le contestaba el 14 de febrero:

“Ayer volví a estar inutilizado, pues me salió un perverso perro de carbunclo en el costado izquierdo. Sí tuviese bastante dinero para mí familia y el libro estuviese terminado, me daría lo mismo estirar la pata y ser arrojado al muladar hoy que mañana. Pero en las circunstancias dichas, no puede ser.”

Una semana después, Engels recibía la aterradora noticia: "Esta vez me he jugado el pellejo. Mi familia no sabía lo serio que era el caso. Y si el negocio vuelve a repetirse tres o cuatro veces en la misma forma, ya estoy listo. Me siento asombrosamente decaído y terriblemente débil todavía, no de la cabeza, sino de los músculos y las piernas. Los médicos tienen mucha razón cuando dicen que la causa principal de la recaída es el trabajo excesivo por las noches. No voy a contarles a esos caballeros —aparte de que no me serviría de nada— cuáles son las razones que me obligan a esta extravagancia."

Esta vez, Engels pudo conseguir que Marx se tomase unas semanas de descanso y se retirase a Margate, a la orilla del mar.

Marx recobró en seguida su buen humor. En una carta alegre dirigida a su hija Laura le decía:

"Estoy muy contento de haberme alojado en una casa particular y no en una fonda, donde, quieras o no, te están torturando a todas horas con querellas de política local, escándalos de familia y murmuraciones de vecindad, Sin embargo, no puedo cantar con el molinero de Dee aquello de "No me ocupo de nadie, y nadie pregunta por mí", pues ahí está mí patrona, sorda como una tapia, y su hija,

atacada de ronquera crónica. Pero es una gente muy simpática, atenta y nada intrusa. A mí me tienes convertido en un bastón de paseo viviente, no hago más que andar de un lado para otro la mayor parte del día, sorbiendo aire, me meto en la cama a las diez, no leo nada, escribo menos y voy acercándome a ese estado de ánimo de la nada que el budismo considera como el apogeo de la humana felicidad." Al final de la carta venía una observación cariñosa, apuntando ya, sin duda, al futuro: "Ese maldito de Lafargue me está atormentando con su proudhoniano, y no va a dejarme en paz basta que no le siente bien el puño sobre su cabezota de criollo".

En aquellos días en que Marx descansaba en Margate rasgaron el cielo los primeros rayos de la tempestad guerrera que se cernía sobre Alemania. El 8 de abril, Bismarck había pactado con Italia una alianza ofensiva contra Austria, y al día siguiente presentaba a la Dieta federal una propuesta pidiendo que se convocase un Parlamento alemán elegido por sufragio universal, para deliberar acerca de una reforma de la Confederación, sobre la base de la cual habrían de unirse los Gobiernos alemanes. La actitud adoptada por Marx y Engels ante estos sucesos venía a demostrar que habían perdido el contacto con la realidad alemana. Vacilaban en sus juicios. El 10 de abril, Engels escribía, refiriéndose al proyecto de Bismarck sobre la elección de un Parlamento alemán: "¡Qué bestia tiene que ser ese hombre para creer que eso le va a servir de nada!... Sí el proyecto llega a realizarse, por primera vez en la historia dependerá la marcha de las cosas de la actitud que tome Berlín. Si los berlineses se echan a la calle en el momento oportuno, puede la cosa tomar un rumbo favorable; pero ¿quién puede fiarse de ellos?"

Tres días después volvía a escribir, con una clarividencia maravillosa:

"A juzgar por las apariencias, el buen burgués alemán, después de resistirse un poco, se aviene a ello (al sufragio universal), pues no en vano el bonapartismo es la verdadera religión de la burguesía. Cada vez veo más claro que la burguesía es incapaz de adueñarse directamente del Poder, y que allí donde una oligarquía no se hace cargo del Estado y la sociedad, como ocurre aquí, en Inglaterra,

para regentarlos en interés de la burguesía y cobrándose bien el servicio, la forma normal de gobierno es una semi dictadura bonapartista. que lleve adelante los intereses materiales de la burguesía; aun contra ella misma, pero sin dejarla participar en el Poder. Por otra parte, esta dictadura se ve forzada a abrazar de mala gana los intereses materiales de la burguesía. Ahí tenemos, sin ir más allá, a monsieur Bismarck, adoptando el programa de la Liga nacional. Claro está que una cosa es adoptarlo y otra llevarlo a práctica, pero es difícil que Bismarck se estrelle contra el buen burgués alemán,”

Contra lo que se estrellaría, a juicio de Engels, era contra el ejército austríaco. Benedek era, por lo menos., mejor general que el príncipe Federico Carlos y Austria podría forzar a Prusia a firmar la paz, pero no ésta a aquélla, razón por la cual cada triunfo prusiano sería un requerimiento hecho a Bonaparte para que interviniese.

Marx pintaba la situación planteada casi con las mismas palabras, en una carta que dirigía a un nuevo amigo, el médico Kugelmann, de Hannover, que ya de muchacho, en el año 48, había sido un gran entusiasta de Marx y Engels, y venía reuniendo cuidadosamente todos sus escritos, pero sin haberse dirigido personalmente a Marx hasta el año 1862, por medio de Freiligrath; al poco tiempo, era uno de sus íntimos. En cuestiones militares, Marx se sometía por entero a los juicios de Engels, renunciando a toda crítica personal, lo que no solía hacer nunca, en otros aspectos.

Más asombrosa todavía que la idea exagerada que Engels tenía formada del poder austríaco, era su opinión respecto al estado interno del ejército de Prusia. Asombrosa, porque acababa de estudiar en una obra magnífica la reforma militar que había encendido el conflicto constitucional prusiano, con una profundidad de visión que le ponía muy por encima de todos aquellos charlatanes democráticos burgueses. El 25 de mayo escribía:

"Si los austríacos son lo bastante discretos para no atacar, pronto empezará la danza en el ejército de Prusia. Jamás se han mostrado estos mozos más rebeldes que en esta movilización. Desgraciadamente, sólo se sabe una parte pequeñísima de lo que ocurre, pero bastante para asegurar que con estas tropas no hay guerra ofensiva

posible." Y el 11 de junio: "La reserva va a ser en esta guerra tan peligrosa para Prusia como en 1806 lo fueron los polacos, que formaban también hacia una tercera parte de los contingentes y que lo desorganizaron todo. Con la diferencia de que la reserva, en vez de dispersarse, se rebelará después de la derrota.

La batalla de Königgrätz disipó todas las nieblas que ocultaban a los emigrados la realidad, y ya al día siguiente escribía Engels:

“¿Y qué me dices de los prusianos? Han sabido aprovecharse de sus triunfos con una energía enorme. Es la primera vez que se presencia una batalla decisiva tan considerable liquidada en ocho horas. En diferentes circunstancias, hubiera durado dos días. Pero el fusil de aguja es un arma mortífera, y además, no puede negarse que aquellos mozos se batieron con una bravura que rara vez se ve en tropas como éstas, acostumbradas a la paz.”

Engels y Marx podían equivocarse, y se equivocaban no pocas veces, pero jamás se obstinaban en hacer frente a la realidad, tal como se la imponían los acontecimientos. La victoria de las armas prusianas fue, para ellos, un bocado difícil de digerir; pero no se atragantaron con él. El 25 de julio, Engels, que era quien llevaba la batuta en estas cuestiones, resumía la situación en los términos siguientes:

"Las perspectivas, en Alemania, me parecen ahora muy sencillas. Desde el punto y hora en que Bismarck sacó adelante., con las armas prusianas y un éxito colosal, los planes de la burguesía pequeño-alemana, la marcha de las cosas ha tomado allí otros derroteros de un modo tan decisivo, que no tenemos más remedio, nosotros y los demás, que reconocer el hecho consumado, lo mismo si nos place que si nos molesta... La cosa tiene la ventaja de que simplifica la situación, facilitando la revolución al eliminar todo aquel lío de pequeñas capitales, y acelerando desde luego el proceso. Al fin y al cabo, no puede negarse que un Parlamento alemán no es precisamente lo mismo que una Dieta prusiana. Toda esa muchedumbre de Estados en miniatura se verán arrastrados al movimiento, cesarán las lamentables tendencias localistas, y los partidos dejarán de ser locales para adquirir una envergadura verdaderamente nacio-

nal.” A lo que Marx replicaba dos días después, con gran sequedad y sangre fría:

“Comparto en un todo tu opinión de que hay que tomar esa basura tal y como es. De todos modos, es agradable poder ver las cosas desde lejos, durante estos días inexpertos y románticos del primer amor.”

Por aquellos mismos días, Engels comunicaba a su amigo, y no en un tono laudatorio precisamente, que “el hermano Liebknecht se estaba dejando llevar de una fanática austrofilia”; era casi seguro que procedía de él una “furibunda correspondencia” enviada desde Leipzig a la *Frankfurter Zeitung*; este periódico principiada llegaba, en sus excesos, hasta a reprochar a los prusianos el trato infame que habían dado al “venerable Elector de Hesse”, mostrando sus simpatías por el pobre güelfo ciego. En cambio, Schweitzer, desde Berlín, se manifestaba del mismo modo que Marx y Engels en Londres, por idénticas razones y en los mismos términos; pero su política “oportunistá” valió y sigue valiendo aun hoy a este desventurado la indignación moral de los mismos jactanciosos estadistas que convierten a Marx y Engels, aunque no los entiendan, en objeto de adoración.

6. El Congreso de Ginebra

Contra lo proyectado, no se había celebrado todavía el primer Congreso de la Internacional, cuando la batalla de Königgrätz decidió de los destinos alemanes. Hubo de ser aplazado nuevamente hasta el mes de septiembre de aquel mismo año, cuando ya llevaba dos de vida y a pesar de que el segundo había comunicado nuevos y mucho más potentes impulsos a la organización.

La ciudad de Ginebra empezó a destacarse en el continente como su centro más importante, y las Secciones latina y alemana allí domiciliadas rompieron la marcha, lanzando cada una su órgano propio de Prensa. El alemán era el *Vorbote*, periódico mensual fundado y dirigido por el viejo Becker; se publicó durante seis años, y su

colección sigue siendo una de las fuentes más importantes para estudiar la historia de la Internacional. El primer número del *Vorbote* apareció en enero de 1866, con el subtítulo de “órgano central de la Sección de habla alemana”. Los afiliados alemanes de la Internacional, pocos o muchos, se concentraban también en Ginebra, para esquivar las leyes alemanas sobre Asociaciones, que prohibían la creación de Secciones de la Internacional dentro del país. Por razones análogas, la Sección latina de Ginebra extendía su radio de acción a una buena parte de Francia.

En Bélgica publicábase también un periódico, la *Tribune du Peuple*, que Marx incluía asimismo entre los órganos oficiales de la Internacional, con los dos de Ginebra. En cambio, no contaba como tales a una o dos hojitas que salían en París y que defendían también, a su modo, la causa obrera. La Internacional iba extendiéndose también por Francia, pero más como fugaz llamarada que como fuego de hogar. Era difícilísimo crear, al margen de toda libertad de Prensa y de reunión, verdaderos centros de dirección del movimiento, y, en un principio, la equívoca tolerancia de la policía bonapartista más bien adormecía que despertaba las energías de la clase obrera. A esto hay que añadir la influencia predominante del proudhonismo, que no era la más indicada para infundir al proletariado fuerza organizadora.

La principal tribuna desde la que se predicaban estas doctrinas era la “Joven Francia”, que llevaba una vida fugaz entre Bruselas y Londres. En febrero de 1866, una Sección francesa, formada en Londres, atacó violentamente al Consejo general por haber incluido la cuestión polaca en el programa del Congreso de Ginebra. Muy a la manera de Proudhon, estos afiliados preguntaban cómo podía pensarse en contrarrestar la influencia rusa con la restauración de Polonia en un momento en que Rusia emancipaba a sus siervos, mientras que los nobles y sacerdotes polacos se habían resistido siempre a dar a los suyos la libertad. Al estallar la guerra alemana, los afiliados franceses de la Internacional, e incluso los de su Consejo general, promovieron también gran ruido con su “stirnerianismo proudhoniano”, como Marx lo llamó una vez, declarando caducas todas las nacionalidades y pidiendo que se desintegrasen en

pequeños “grupos”, los cuales se asociarían para formar una “Liga”, pero nunca un Estado.

“Supongo que esta “individualización” de la humanidad y su correspondiente “mutualismo” se implantarán de tal modo que se detenga la historia en todos los países y el mundo entero se siente a esperar, hasta que sus habitantes hayan adquirido la capacidad suficiente para hacer una revolución social. Una vez conseguido esto, se hará el experimento, y el mundo, asombrado y convencido por la fuerza del ejemplo, seguirá la misma senda.”

Esta sátira la dirigía Marx principalmente a sus “buenísimos amigos” Lafargue y Longuet, que habían de ser sus yernos, pero que por el momento le proporcionaron más de una desazón con sus “creencias proudhonianistas”.

El centro de gravedad de la Internacional seguían siendo las trade-uniones. Así lo entendía también Marx; en una carta dirigida a Kugelmann con fecha 15 de enero de 1866, expresaba su satisfacción por haber conseguido ganar para el movimiento aquella organización obrera, la única verdaderamente considerable; le produjo gran alegría un mitin gigantesco celebrado unas semanas antes en St. Martín Hall a favor de la reforma electoral y bajo los auspicios de la Internacional. En marzo de 1866, el Gabinete whig de Gladstone redactó un proyecto de reforma electoral que pareció demasiado radical a un sector de su propio partido; esto produjo la dimisión del Gobierno, subiendo al Poder el Gabinete tory de Disraeli, quien intentó dar largas a la reforma. Todos estos sucesos hicieron que el movimiento cobrase forma turbulenta. El 7 de julio, Marx escribía a Engels: "Las manifestaciones obreras de Londres, maravillosas, comparadas con lo que veníamos viendo en Inglaterra desde 1849, son en todo obra de la Internacional. Lucraft, por ejemplo, el caudillo de Trafalgar Square, es vocal de nuestro Consejo". En Trafalgar Square, donde se habían reunido unos 20.000 hombres, Lucraft convocó a la multitud a un mitin en los *White Hall Gardens* donde, "en tiempos, cortamos la cabeza a uno de nuestros reyes"; poco después producíase un conato de levantamiento franco en el *Hyde Park*, donde estaban congregados 60.000 hombres.

Las tradeuniones reconocieron sin reservas los méritos de la Internacional, en este movimiento, que abarcaba todo el país. En una conferencia de todas las tradeuniones reunida en Sheffield se tomó el siguiente acuerdo:

"La Conferencia, reconociendo en todo lo que valen los esfuerzos de la Asociación Obrera Internacional para unir a los trabajadores de todos los países con un lazo de fraternidad, recomienda calurosamente a todas las Sociedades aquí representadas que se incorporen a esa organización, en la seguridad de que, haciéndolo, contribuirán de un modo eficacísimo al progreso y a la prosperidad de toda la clase obrera,"

Esto hizo que se afiliasen a la Internacional toda una serie de nuevos Sindicatos; pero este éxito, grande en el terreno político-moral, no lo era tanto en su aspecto material. Los Sindicatos afiliados quedaban en libertad para cotizar con la cuota que creyesen conveniente o con ninguna, y los que lo hicieran, no entregaban más que cantidades modestísimas. Así, por ejemplo, los zapateros, que contaban con 5.000 afiliados, no pagaban más que cinco libras al año; los carpinteros, cuyo censo de afiliados era de 9.000, dos, y los albañiles, que tenían de 3,000 a 4.000 miembros, una solamente.

Además, Marx se dio cuenta en seguida de que en aquel "movimiento de reforma" volvía a asomar la oreja "el maldito carácter tradicional de todos los movimientos ingleses". Ya antes de fundarse la Internacional, las tradeuniones se habían puesto en contacto con los radicales burgueses para la reforma electoral. Y los lazos fueron estrechándose más todavía, conforme el movimiento prometía frutos tangibles; "pagos a cuenta", que antes se hubieran rechazado con la mayor de las indignaciones, pasaban ahora por ser objetivos conquistados. Marx echaba de menos el ardor combativo de los antiguos cartistas. Censuraba la incapacidad de los ingleses para hacer dos cosas al mismo tiempo. Cuanto más avanzaba el movimiento electoral, más se enfriaban los dirigentes londinenses "en nuestro propio movimiento"; "en Inglaterra, el movimiento de reforma a que nosotros dimos vida, casi nos ha arrollado". Marx, que hubiera podido interponerse vigorosamente con su actuación personal ante esta marcha de las cosas, se vio incapacitado para

intervenir en el movimiento durante una temporada, por su enfermedad y por su descanso en Margate, También le causaba grandes desvelos y preocupaciones *The Workmans Advocate*, un semanario elevado a órgano oficial de la Internacional por la Conferencia de 1865 y que a partir del mes de febrero de 1866 se rebautizó titulándose *The Commonwealth*. Marx figuraba en el Consejo de administración del periódico, que estaba luchando a todas horas con sus agobios financieros y se veía remitido, por tanto, a la ayuda de los reformistas electorales burgueses; esforzábese cuanto podía por contrarrestar esas influencias burguesas y por suavizar los pequeños celos y las intrigas desatadas en torno a la redacción; durante una temporada ésta corrió a cargo de Eccarius, que publicó allí su conocida polémica contra Stuart Mili, en que se ve, muy señalada, la ayuda de Marx. Por último, después de mucho luchar, éste no pudo impedir que *The Commonwealth* se convirtiese “provisionalmente, en un órgano puramente reformista”, como hubo de decir a Kugelmann en una de sus cartas, “por razones mitad económicas y mitad políticas”.

Ante esta perspectiva, se explica muy bien que Marx viese acercarse el primer Congreso de la Internacional con grandes temores, preocupado con el peligro de que la nueva organización fuese a quedar en ridículo ante Europa. Como los de París insistiesen en el acuerdo de la Conferencia de Londres, en que se fijaba la fecha del Congreso para fines de mayo, Marx habló de ir personalmente a convencerles de la imposibilidad de respetar este plazo; pero Engels le disuadió, por entender que aquello no valía la pena de que fuese a caer en las garras de la policía bonapartista, donde no se le guardaría la menor consideración; decíale, además, que el hecho de que el Congreso tomase o no acuerdos razonables era secundario, con tal que se evitasen los escándalos, cosa que él creía posible conseguir. En cierto sentido, concluía, cualquier manifestación de ese género los desacreditaría; a lo menos, ante ellos mismos, aunque no ocurriese así a los ojos de Europa.

Vino a deshacer aquel nudo una petición de los ginebrinos para que el Congreso se aplazara hasta septiembre, alegando que ellos no tenían ultimados sus preparativos. La petición encontró buena aco-

gida en todas partes, menos en París. Marx no pensaba acudir personalmente al Congreso, pues la labor científica de preparación de su obra no permitía ya grandes interrupciones, y le parecía que aquellos trabajos tenían más importancia para la clase obrera que todo lo que personalmente pudiera hacer en ningún Congreso. Invirtió, sin embargo, muchísimo tiempo en preparar el terreno para sus tareas y en redactar una memoria para los delegados de Londres, en que con toda intención se limitaba a tocar aquellos puntos “que permitían una inteligencia y cooperación directas entre los obreros y que alimentaban y daban impulso de un modo inmediato a las necesidades de las luchas de clases y a la organización de los trabajadores como clase”.

De esta memoria podemos decir lo mismo que Beesly dijo del mensaje inaugural: en ella se condensan, recogidas en unas cuantas páginas, de un modo fundamental y tajante, como nunca se había hecho hasta entonces, los postulados más inmediatos del proletariado internacional. En representación del Consejo general, fueron a Ginebra Odger, su presidente, y Cremer, secretario general, acompañados de Eccarius y Jung, en cuya compenetración con él podía confiar más que ningún otro Marx.

El Congreso estuvo reunido desde el 3 al 8 de septiembre, bajo la presidencia de Jung, y acudieron a él 60 delegados. Marx manifestaba que “había resultado mucho mejor de lo que se esperaba”. Sólo hablaba en términos muy duros de los “caballeros de París”. “Tenían la cabeza llena de las frases proudhonianas más vacías. No apeaban de los labios la palabra ciencia y no sabían nada de nada. Repugnaban toda acción revolucionaria, es decir, basada en la lucha de clases; todo movimiento social concentrado, planteado por tanto, entre otros, con medios políticos (como lo era, por ejemplo, la reducción legal de la jornada de trabajo). Bajo capa de libertad y de antigubernamentalismo o individualismo antiautoritario —esos señores, que desde hace dieciséis años vienen soportando y soportan tan pacientemente el más desaforado despotismo—, lo que predicaban en realidad es la vulgar Economía burguesa, aunque idealizada proudhonianamente.” Y por ahí adelante, con frases todavía más duras. Este juicio es bastante severo, pero Juan Felipe Becker, que

tomó parte en el Congreso y fue una de sus principales figuras, hablaba, años más tarde, con más severidad todavía, sí cabe, del barullo que allí reinó. Con la única diferencia de que Becker zaran-deaba con igual dureza a los franceses y a los alemanes, y no se olvidaba de los schulze-delitzschianos por censurar a las proudho-nistas. “(Cuántas cortesías hubieron de malgastarse con aquella gentecilla, para evitar un poco decorosamente el peligro de que se largasen!” En términos muy distintos se expresaban las reseñas publicadas en el *Vorbote* de Suiza sobre las sesiones del Congreso, que conviene leer con cierto cuidado.

Los franceses tenían una mayoría bastante grande en el Congreso, disponían de unas dos terceras partes de los mandatos y no dejaron de desplegar gran elocuencia; pero no les sirvió de mucho. Su propuesta de que en la Internacional no se admitiesen más que obreros manuales, y no intelectuales, fue desechada, como lo fue asimismo la que pedía que en el programa de la Internacional se diese entrada a los problemas religiosos, con lo que quedaba eliminado para siempre este engendro. En cambio, se aceptó una propuesta, bastante inocente, que presentaron para que se estudiase el crédito internacional, con lo cual se tendía, siguiendo las huellas de Proudhon, a crear más adelante en la Asociación un Banco central. Más sensible fué que se acogiese una propuesta presentada por Tolain y Fribourg, en la que se reprobaba el trabajo femenino “como un principio de regeneración”, señalando a la mujer su puesto en la familia.

Sin embargo, esta propuesta tropezó con la oposición del propio Varlín y de otros franceses, y se votó en bloque con la ponencia del Consejo general acerca del trabajo de la mujer y del niño, con lo que quedó neutralizada. Fuera de esto, los franceses sólo consiguieron meter de matute en los acuerdos unos cuantos remiendos proudhonianos, y se comprende perfectamente la irritación que tenían que causar a Marx aquellos parches que desfiguraban su paciente trabajo, aunque reconociese que no podía menos de estar contento con la marcha del Congreso en general.

No salió derrotado más que en un punto que pudiera serle sensible, y que lo era, en efecto: en la cuestión polaca. Después del prece-

dente de la Conferencia de Londres, la ponencia inglesa procuró razonar cuidadosamente este tema. Los obreros de Europa no tenían más remedio que hacer frente a este problema, pues las clases gobernantes, a pesar de todas sus simpatías por toda clase de nacionalidades, las oprimían, porque la aristocracia y la burguesía veían en aquella sombría potencia asiática que se alzaba al fondo, un último refugio contra los avances de la clase obrera. Para hacer inocuo aquel poder amenazador, no había más que un camino: la restauración de Polonia sobre una base democrática. De ello dependía el que Alemania fuese la avanzada de la Santa Alianza o la aliada de la República francesa. El movimiento obrero tropezaría constantemente con diques, interrupciones y dilaciones, mientras no se resolviese esta gran cuestión europea. Los ingleses abogaron enérgicamente por la ponencia, pero los franceses y una parte de los suizos latinos se opusieron a ella con no menos energía; por fin, las fracciones se unieron para aceptar la propuesta de Becker, que, aun manifestándose partidario de la ponencia, quería evitar una discrepancia abierta sobre este punto; el acuerdo tomado consistía en soslayar la cuestión, afirmando que la Internacional, como opuesta a todo régimen de fuerza, aspiraba a desterrar la influencia imperialista de Rusia y a restaurar a Polonia sobre una base social-democrática.

Fuera de esto, el memorial inglés triunfó en toda la línea. Los Estatutos provisionales fueron aceptados con pequeñas enmiendas; la alocución inaugural no se puso a debate, pero desde entonces se cita en todos los acuerdos y manifestaciones de la Internacional como pieza oficial. El Consejo general fue reelegido, con residencia en Londres; se le encargó de redactar una estadística amplía sobre la situación de la clase obrera internacional, haciendo, en cuanto sus recursos se lo permitiesen, un informe detallado de todo lo que a la Asociación obrera internacional pudiera interesar. Para cubrir sus gastos, el Congreso impuso, a cada afiliado como tributo extraordinario para el año entrante la cotización de 30 céntimos, aconsejando como cuota normal para la caja del Consejo la de uno o medio penique al año, aparte del precio señalado al *carnet* de socio.

Entre los acuerdos programáticos del Congreso figuraban a la cabeza los referentes a legislación obrera y asociaciones sindicales. El Congreso proclamó el principio de que la clase obrera debía luchar por imponer leyes de protección del trabajo. "La clase obrera, al imponer por la lucha estas leyes, no elimina el Poder público. Por el contrario, lo que hace es convertir ese poder, que hoy se ejerce contra ella, en instrumento suyo." Con una ley de carácter general consigue lo que hubiera sido tentativa estéril pretender conseguir por medio de esfuerzos aislados e individuales. El Congreso recomendaba la reducción de la jornada de trabajo como condición previa inexcusable, sin la que todas las demás aspiraciones del proletariado por emanciparse tenían por fuerza que fracasar. La reducción de la jornada era necesaria para reponer las energías físicas y la salud de la clase obrera, para permitirle formarse y perfeccionarse intelectualmente, tener una vida de relación y actuar social y políticamente. Como límite legal de la jornada, el Congreso proponía las ocho horas, concentradas en una determinada parte del día, de tal modo que este período de tiempo abarcara las ocho horas de trabajo y las interrupciones necesarias para las comidas. La jornada de ocho horas debería regir para todos los adultos, hombres y mujeres, fijando como edad inicial la de los dieciocho años. El trabajo nocturno debía desecharse por razones de higiene, no admitiendo más que aquellas excepciones indispensables que señalase la ley. La mujer debería eximirse con toda severidad del trabajo nocturno y de todas aquellas otras actividades nocivas para el cuerpo de la mujer o inmorales para el sexo femenino.

En la tendencia de la industria moderna a dar entrada a los niños y a los jóvenes de ambos sexos en el mecanismo de la producción social, veía el Congreso un avance saludable y legítimo, por repugnante que fuese todavía la forma en que se ejecutaba bajo el imperio del capital. En una sociedad racional, todo niño, sin distinción, a partir de los nueve años, debería contribuir con su trabajo a la producción, sin que ninguna persona adulta pudiera tampoco exceptuarse de la ley universal de la naturaleza: trabajar para comer, y no sólo con la inteligencia, sino con el esfuerzo manual también. En la sociedad actual se imponía, según los acuerdos del Congreso, dividir a los niños y jóvenes en tres clases, a cada una de

las cuales debía aplicarse un régimen distinto: niños de nueve a doce años, niños de trece a quince, y jóvenes y muchachas de dieciséis a diecisiete. La jornada de trabajo de la primera categoría, tanto industrial como casera, debía reducirse a dos horas, la de la segunda a cuatro y la de la tercera a seis, reservando a ésta una interrupción de una hora al menos para comer, divertirse y descansar. Además, no debía consentirse a los niños ni a los jóvenes ningún trabajo productivo que no fuese acompañado por una formación cultural, incluyendo en ésta tres cosas: el cultivo de la inteligencia, la gimnasia o cultura física y, por último, la educación técnica, que instruye en los principios científicos generales de todos los procesos de producción, a la par que inicia a la nueva generación en el empleo práctico de los instrumentos de trabajo más elementales.

En cuanto a las organizaciones sindicales, el Congreso entendía que no sólo eran legítimas, sino necesarias. Eran el medio que se le ofrecía al proletariado para oponer al poder social concentrado en el capital el único poder social de que disponía: el número. Mientras existiese un régimen capitalista de producción, no podría prescindirse de las organizaciones sindicales; lejos de eso, sería necesario generalizar sus actividades mediante una unión internacional. Al oponerse de un modo consciente a los excesos continuos del capital, se convertirían sin saberlo en asideros de organización para la clase trabajadora, algo así como los municipios medievales lo fueran para la burguesía. Librando incesantes guerras de guerrillas, en la lucha diaria entre el capital y el trabajo, los Sindicatos tenían mucha más importancia todavía que si fuesen palancas organizadas para levantar el trabajo asalariado. Hasta entonces, las organizaciones sindicales —continuaba diciendo el Congreso— se habían venido concentrando demasiado exclusivísticamente en dar la batalla directamente al capital; en el porvenir, era menester que no se mantuviesen tan alejadas del movimiento general, social y político, de su clase. Cobrarían mucho más desarrollo y potencia cuando la gran masa del proletariado se convenciese de que sus miras, lejos de ser limitadas y egoístas, se encaminaban a la emancipación general de los millones de obreros oprimidos.

Inspirándose en el sentido de este acuerdo, Marx, a poco de terminar el Congreso de Ginebra, hizo un intento, en el que tenía puestas grandes esperanzas. El 13 de octubre de 1866 escribía a Kugelmann: “El Consejo londinense de las tradeuniones (su secretario es nuestro presidente Odger) está deliberando en estos momentos acerca de si debe declararse rama inglesa de la Asociación internacional. Si lo hace, la dirección de la clase obrera aquí pasa en cierto modo a nuestras manos, y podremos impulsar mucho el movimiento.” Pero el Consejo de aquellas organizaciones sindicales, a pesar de toda la simpatía que sentía por la Internacional, acordó mantener su independencia y además, si es que los historiadores de las tradeuniones están bien informados, se negó a que un representante de la Internacional tomase parte en sus sesiones para hacer un informe rápido acerca de las expulsiones de obreros en el Continente.

Ya en los primeros años, supo la Internacional que la esperaban grandes éxitos, pero que estos éxitos tenían, sin embargo, sus límites. Con todo, bien podía regocijarse entretanto de sus triunfos, y Marx hacía bien en registrar con una viva satisfacción en la magna obra a que estaba dando los últimos toques que, coincidiendo con el Congreso de Ginebra, un Congreso obrero celebrado en Baltimore había destacado la jornada de ocho horas como la primera reivindicación para arrancar al trabajo de las garras del capitalismo.

Entendía que el trabajo no podía emanciparse en manos de los blancos mientras siguiese infamado en manos de los negros. Pero el primer fruto de la guerra civil norteamericana que había matado la esclavitud era la agitación por la jornada de ocho horas, impulsada por la rauda locomotora desde el Atlántico al Océano Pacífico, desde Nueva Inglaterra a California.



INDICE

1. Fundación.....	3
2. Alocución inaugural y estatutos	11
3. La repulsa a Schweitzer.....	19
4. La Primera Conferencia de Londres.....	25
5. La guerra alemana.....	34
6. El Congreso de Ginebra.....	42



Biblioteca Virtual

OMEGALFA



Mayo-2014

.